

De vuelta en Palestina

JOSÉ LUIS R. ROLDÁN

De vuelta en Palestina

Edición de Andrés Mencía

Patrañas Ediciones

Ilustraciones y diseño de Portada
de Manuel Santiago
Fotografías
de Ana Isabel García

Junio de 2002

© José Luis R. Roldán
© Colectivo de Escritores Patrañas
Edita: Patrañas Ediciones
C/ Dinamarca, 5, Esc. 1ª, 7º Ctro.
28916 - LEGANÉS (Madrid)
Tlf. 91 686 34 82

I.S.B.N.: 84-931541-2-1
Depósito Legal:
Imprime: Gráficas URGEL

*A mi madre, que me enseñó a amar,
a mi padre y a mis cinco hermanos.
A Santiago González,
a José Luis Fortea
y a todos mis amigos muertos
en las residencias del INSERSO.
A Petri Olivares, a M^a José Morquecho,
a Mati y a su hija, a Petri Fernández
y a todos los que me escuchan
y se toman la molestia de transcribir mis palabras.
Y a mis cuidadores pasados y presentes,
a los más y a los menos.*

Presentación

De vuelta en Palestina necesitaba de una presentación porque la novela ha nacido con más carga utópica que estética y hay peligro de que algún crítico, sobre todo los críticos literarios, no se entere ni repitiéndoselo tres veces.

No es precisamente la literatura una casa habitada por tipos con buen diseño, ni siquiera por tipos recomendables, por más que las empresas editoriales que viven de la anemia del personal se empeñan en aburrirnos, contradiciendo a la historia, con libros y autores de serie. La literatura sin malditos sería un catálogo de tontos con sentido común, un aburrido listín que ni siquiera osaría reseñar el *Cántico al sol*, de Francisco de Asís, o *Las moradas*, de Teresa de Jesús.

Pero es que entre los malditos, además, merece página destacada el conjunto eximio de los que nacieron condenados a callarse y que sólo por su real gana hemos conseguido escuchar sus voces la legión de los lectores. No es casualidad que precisamente a un cie-

go, Homero, haga la tradición autor de las obras que inventaron en occidente esta verdad, llamada por otros mentira, que es la literatura. Ni extraña a nadie el hecho de que haya sido otro ciego, por cierto, quien poco menos que cierra esta página apasionante de la historia humana. Porque después de Jorge Luis Borges, los que continuamos intentándolo somos como un estrambote, con alguna excepción. La de José Luis R. Roldán sería una de ellas, por ejemplo.

José Luis R. Roldán tiene en común con otro clásico impresentable de última generación, Jean Genet, no ya la potencia de su creatividad o el milagro de una obra vista no más que desde el desastre que son sus vidas, sino el hecho también de haber cumplido ya una perpetua en las residencias del INSERSO y comenzar la segunda, con la originalidad a su favor de estar pagando la condena en una silla de ruedas y de no haber cometido jamás un delito.

Pero el caso es que el autor de *De vuelta en Palestina* destaca igualmente por otra singularidad, como es la fatalidad de no poder escribir. José Luis R. Roldán dicta sus obras a los muy pocos que tienen la inteligencia de dedicar algunos ratos de su vida a escucharle y otros pocos minutos más a descifrar su habla tan difícil, lo mismo que hiciera el Borges más agudo y malhumorado cuando empleaba el tiempo de sus allegados en lo mismo. Con una diferencia fundamental, que a José Luis nadie lo aplaude, todavía.

José Luis dicta para no reventar, si acaso, que es para lo que escribimos muchos, desde luego, los de entrañas más explosivas.

Y los que le transcribimos y editamos lo hacemos porque tampoco nos gusta este mundo como está. Por

lo menos a José Luis R. Roldán y a mí nos ha acercado la crítica de lo que hay.

He comenzado por la presentación del autor porque soy de los que se explican los textos en buena parte desde la circunstancia de sus creadores. Si también escribo un *exercice d'admiration*, como Cioran hiciera cuando estudiaba a sus autores más valorados, es sin duda porque lo admiro. De los que hagan la crítica textual de su novela después de mí sólo espero que no sean muy plastas.

De vuelta en Palestina es, pues, una novela de autor, que desenmaraña esa parte de nuestro mundo que se explora desde, y con, una silla de ruedas. A los únicos que no sorprenderán sus peripecias será a los minusválidos, por lo tanto, por más que sean los cojos los que, previsiblemente, hagan de este libro su manual de travesía por estos años difíciles contra el desprecio de los otros. Y no les sorprenderán porque ellos libran, cada vez con más voluntad y más conciencia de sí, su particular combate por la igualdad dentro de una sociedad que se proclama igualitaria desde la filosofía, pero que se ha quedado sin entrañas para serlo desde las entrañas. La materia de los minusválidos no es la única materia en conflicto con el principio de igualdad en nuestra sociedad, por supuesto, pero es tan escandalosa y brutal su marginación que parece el último grupo llamando a las puertas de la integración en ese sujeto llamado masa. *Qu'avez-vous fait pour tout cela? Vous vous êtes donné la peine de naître -et rien de plus!* La misma pregunta, "¿Qué has hecho tú para tener lo que tienes?", e idéntica respuesta, "Te has tomado la molestia de nacer, eso es todo", valdría para explicar la silla del rey y la silla de ruedas del protagonista de las

peripecias que informan las páginas de esta novela. Sin embargo, la filosofía lleva más de tres siglos esgrimiendo razones contra la vergonzante existencia de la silla del rey y nuestro protagonista lo sabe, como lo saben todos los minusválidos. Ellos saben de sobra que precisamente estas razones proclaman su radical igualdad con todos los humanos, porque no puede haber desigualdad de origen, a pesar de su silla.

Ni su silla es el trono que heredan los reyes ni el dios de los cojos puede ser el dios de los reyes. Otro acierto de la novela, y de su autor, es curiosamente su radical crítica de la religión, por donde tienen que comenzar todas las luchas y todas las liberaciones, puesto que la crítica de la religión no puede menos que desembocar en la definitiva verdad de que "*el hombre es el ser supremo para el hombre*".

A los minusválidos no les sorprenderá *De vuelta en Palestina*, pero a los masválidos nos dibuja una realidad que no estaba al alcance de nuestras representaciones y a la que sólo por analogías podíamos acercarnos, sólo si éramos conscientes de nuestra propia dependencia y, sobre todo, esclavitud. Con todo y ser el cuadro diáfano, recomendaría a los satisfechos abstenerse, sois demasiado imbéciles y no os enteraríais de nada.

La sencillez formal de la novela es engañosa, sin embargo. De pronto se despierta, a poco que la lectura sea atenta, en cada episodio y en cada personaje de la misma una carga semántica que los equipara a los sueños, que es la materia de la mejor literatura.

Es eficaz la forma y no es nada rebuscada su materia: un cojo se enamora y el amor le mete gas a su silla de ruedas hasta que se estrella. Es lo que nos pasa a todos. Pero si *De vuelta en Palestina* no fuera más que

una novela de amor al uso quizá hubiera tenido también un editor al uso y ocupara ahora mismo las mesas de novedades de las librerías. No es el caso porque la novela está llena de reflejos inquietantes, de ecos demasiado familiares para ser cómodamente reconocibles y, sobre todo, de proposiciones indecentes para la sociedad de los satisfechos, que es la sociedad anónima que manda. *De vuelta en Palestina* está contaminada de principio a fin de la materia de los sueños, de entre todas, la materia más radiactiva, la de más penetrante descomposición, imposible de aislar en las minas de residuos, una amenaza para siempre.

Prueben a leerla y les desafío a olvidarla: si alguien lo consigue, se habrá muerto.

Andrés Mencia

*"Diré cómo nacisteis, placeres prohibidos,
como nace un deseo sobre torres de espanto,
amenazadores barrotes, hiel descolorida,
noche petrificada a fuerza de puños
ante todos, incluso el más rebelde,
apto solamente en la vida sin muros."*

Luis Cernuda

De vuelta en Palestina

Todas las historias verdaderas se parecen, como ocurre con las familias felices. La historia que os voy a contar es verdadera y, por tanto, os recordará a la vuestra. No así mi familia, que es más original, pues no es feliz.

Todo comenzó en primavera, en un bar de Parque Sur, de casualidad, pues por allí pasa mucha gente. Yo estaba ante una mesa mirando y dejando pasar el tiempo, que es lo que suelo hacer en cualquier parte y a cualquier hora, cuando vi aparecer a una chica que hacía tiempo que no veía. Venía acompañada de un tipo que no le pegaba para nada.

Me invitó a un café y se ofreció a dármelo. El camarero ya sabía cómo tenía que servírmelo y enjuagó al grifo un botellín de cerveza. Comenzamos hablando la chica y yo de los viejos tiempos, la temporada en que ella venía por el CAMF a visitar a una amiga.

Fue en aquel momento, viéndola allí, sentada, acompañada por aquel imbécil, cuando comenzó a despertarse en mí un sentimiento desconocido.

-¿Sabes lo que hice este verano pasado? -se me ocurrió comenzar a contar, a sabiendas de que tardaría mucho en terminar la historia y de que ella tendría que atenderme y no podría hablar con el imbécil durante ese rato- Estaba de vacaciones en un pueblo de Almería, habíamos ido allí unos cuantos minusválidos, y me planteé hacer un ejercicio de supervivencia. Quiero que me dejéis solo en la plaza del pueblo, les dije a mis cuidadores. Ya eres mayorcito para saber lo que haces, me contestaron. Le dicté a uno de ellos, Julia, una chica muy enrollada, el texto del cartel: "Quisiera tratar con la gente de este pueblo. Para hablar conmigo, me tenéis que escuchar muy atentos y, además, repetir en voz alta todo lo que digo hasta yo cerciorarme de que me habéis entendido". Lo escribió en un cartón blanco, con letra muy clara, y me lo colocó colgando del pecho.

-¿Pero no te daba miedo quedarte solo en un lugar desconocido? -me cortó Manuela, que así se llama la chica.

-La verdad es que cuando Julia -continué yo- me dejó en medio de la plaza y mis compañeros, que me habían acompañado, se retiraron también, me acojoné un poco, pero no dije nada. De pronto vi que se me acercaba una pareja de la guardia civil. Cogieron el cartel y lo leyeron. Buenos días, saludé. Entonces uno me preguntó si quería declarar algo. Que buenos días, coño. No te entiendo, habla más claro, me gritó. Y me callé, que era lo que tenía que haber hecho desde el principio, pues no quería que la gente me viese hablando con la guardia civil. Los picos dejaron el cartel como estaba y se largaron. Al poco llega una buena mujer, lo lee y me pregunta si quiero beber algo. Pues

claro, le digo, me estoy achicharrando, agua o, si puede ser, un café frío. Me escuchó con mucha atención y, después de un rato, me entendió y me dijo que me llevaría a un bar de su propiedad, donde podría hablar con los clientes. Fue más difícil que comprendiera cómo tenía que darme de beber, empeñada ella en darme el café en vaso y yo que no, que me iba a manchar. ¿Pero no quieres beber?, preguntaba. Y yo diciéndole que lo echara en un botellín. Por fin lo comprendió y se puso contentísima. Estaba seco y me bebí el café de un trago. Cuando terminé, me quitó el casco vacío con mucho miedo, como tú aquella vez, que temías arrancarme los dientes.

-La verdad es que no nos lo pones nada fácil a los inexpertos -protestó Manuela.

-Pues la señora siguió hablando conmigo y cada vez me entendía mejor. Y me iba presentando a los clientes que ella conocía. Así me enteré de que en Almería hay más mercedes que en el resto de España junta...

-Y más invernaderos -dijo el imbécil, por fin.

-Eso de los invernaderos ya lo sabía yo, pero lo de los bancos, los mercedes y las timbas de póker no lo sabía. La señora del bar me dio una sorpresa cuando me preguntó si quería comer con ella y con su familia. Yo le contesté que sí rápidamente y me preguntó qué era lo que podía comer mejor. No quería complicarle mucho la vida y le dije que algo sólido. Me dio pescado como buenamente pudo, que no fue nada mal. ¿No quieres más?, me preguntó. A lo mejor me tomo un café. Salimos otra vez al bar y un cliente se empeñó en que me tomase aunque nada más fuese que una palomita, que es agua con un poco de anís. O al revés, no sé, aquello tenía mucho anís y me dejó medio dormido.

Durante un buen rato no conseguí que me entendiese nadie ni una palabra. Cuando volvía a estar bien, llegaron mis compañeros, que tenían curiosidad por saber cómo me estaba yendo el día. No me puedo quejar, les informé. Se tomaron un café conmigo, pero querían irse a la playa. Pregunté a la señora si se vendría con nosotros, pero me contestó que los almerienses ya no se bañan después de la feria de la Virgen del Mar, y estábamos en septiembre. Ningún cliente quiso acompañarnos tampoco. En septiembre, el mar os lo dejamos a los turistas, dijo el último. Y nos fuimos.

-¿Pero qué pretendías demostrar? Se te ocurre cada cosa -comentaba Manuela.

-Nada. Había conocido a un montón de gente, me había hecho entender por casi todos, me habían invitado a comer y a beber, me sentía tan libre al menos como el mar que me iba a refrescar el cuerpo. Ten cuidado conmigo, le dije al cuidador que me metía en brazos en el mar, que tengo muchos amigos. Al día siguiente tenía curiosidad y volví al bar de la señora. Le pregunté por qué me había invitado, si por pena o por qué. Y ella me contestó que la pena era que estuviese en el pueblo de paso, de vacaciones. Si vinieses más veces te podría demostrar que estas puertas siempre estarán abiertas para ti y para todos.

Tardé en contar mi aventura más de una hora, a Manuela y al imbécil, y me había asegurado de que me entendieran cada frase. Manuela se había reído mucho y también se había entristecido a veces, que fue lo que más me gustó.

Los que me tenían que recoger en Parque Sur ya se habían vuelto y ella me subió hasta la residencia. Cuando nos despedimos, decidí que al día siguiente la

llamaría por teléfono.

Lo hice y quedamos en que vendría a recogerme. Salimos a tomar un café al Renato, un bareto cercano al CAMF con una buena rampa de acceso para las sillas de ruedas y unos camareros enrollados. Cuando tengo ganas de bronca pido que me lleven a locales en que sé que molesta la presencia de minus, les grito que la antipatía es reciproca, que yo soporto muy mal a los tipos necios, y me voy sin tomar nada.

Pero aquel día no quería bronca. Intuía que estaba a punto de ocurrir algo que podía cambiar mi vida. Terminamos el café y ella me miraba sonriendo. Salimos de allí y nos fuimos al parque de al lado. Se estaba acostumbrando a sonreír cuando estaba conmigo y eso me animó a decirle lo que quería. Manuela es muy guapa cuando está seria, pero cuando sonríe es un horizonte azul sin nubes, infinito.

-Manuela, estoy enamorándome de ti y tendremos que hacer algo.

Me oyó, me entendió, porque repitió mis palabras, y me sonrió aún más dulcemente. No podía creérmelo.

-Yo estoy haciendo algo -dijo Manuela al fin-, he venido a verte y paso la tarde contigo. ¿Qué harás tú?

-Ni te imaginas lo que yo puedo llegar a querer.

-Esa es la condición que te pongo, que me sorprendas con tu amor.

-Pues la única condición que yo te pongo es no volver a verte con el imbécil. Y seremos novios.

Todo pasó en un parque, como antiguamente, que los novios se declaraban en los parque cuando casi no había ni parques.

Me devolvió a la residencia para cenar y yo estaba loco de contento. Me parecía un sueño del que ya tenía

miedo despertarme. Se lo dije a un compañero de mesa y no se lo creía. La verdad es que aún no se lo cree, después de todo lo que ha llovido. Él es un sabio, ni siente ni padece. Opina que lo que parece imposible, es imposible. Es un sabio que se está perdiendo la vida, como tantos compañeros.

Manuela prometió que vendría a buscarme al domingo siguiente y llegó puntual. Aunque no tanto como yo, que la esperaba en recepción. Pero no sonreía.

-Estás triste esta mañana -saludé.

-A estas horas suelo ir a misa todos los domingos. Si no te importa...

Hacía mucho que se me había perdido dios entre las frustraciones y se lo dije.

-Yo dejé de hacer viajes a Lourdes hace ya muchos años, Manuela, no es en esos milagros en los que creo.

-Pues acompáñame, que así estaré más tranquila, yo necesito de la oración para vivir.

Así es que nos fuimos a la iglesia. Desde aquella mañana, ningún domingo dejamos de ir a misa. Pero a mí no me importaba, ni siquiera intuía el peligro.

Cuando salimos de la iglesia aquella mañana, o al siguiente domingo a lo mejor, le conté a Manuela algo que para mí ha sido muy fuerte, como una revelación, como si lo que aprendí en aquel instante fuera todo lo que sé a día de hoy, como una licenciatura, lo más parecido que he sentido a una experiencia religiosa.

-Yo duermo siempre muy bien, como un crío -le expliqué-, pero aquella noche no podía dormir. Pasaba el tiempo y que no pegaba ojo. Me aburrí contando los ruidos de la noche, los crujidos de las paredes, los vaivenes de las cortinas, los paseos de los cuidadores, po-

cos, contaba de todo menos ovejas, pero no me dormía. Cuando más despierto estaba, de pronto veo una luz que me ciega, que me impide ver otra cosa. La linterna de algún cuidador sádico, pensé. Pero miré mejor y descubrí muchas luces, como un carrusel o los mil ojos que te observan en la noche estrellada. Eso parecía, un cielo de pronto fulgurante en el techo de mi habitación, profundo, real, un cielo de fiesta que me observaba. Y me pregunté a quién podría interesar ver a estas horas a un pobre minus, en la cama, con insomnio. Fue cuando oí la voz. Pero yo estaba despierto, te lo juro -Manuela se estaba riendo de mí, no me creía, aunque continué-, tú ya sabes la de calmantes que tomo para controlar un poco mis espasmos. Pues despierto y temblando como una hoja estaba cuando oí que alguien me decía que yo podría salvar el mundo. Imagínate, parecía la voz de un marciano. ¿Pero qué tengo que hacer?, pregunté yo. Reír, me dijo, tienes que sonreír siempre.

-¿En qué quedamos, reír o sonreír?

-Qué más da, me decía que fuera feliz, eso sentí. Yo creo que no hubo ni voz ni luz ni nada, aunque los cuidadores se presentaron asustados y me preguntaban qué había pasado y qué eran esas voces y ese fuego. Yo lo sentí como te lo cuento y allí mismo prometí salvar el mundo si ser feliz era todo lo que tenía que hacer. Y de inmediato me dormí como un niño. A la mañana siguiente me desperté descansado, prometiéndome a mí mismo que no me privaría de nada que estuviese a mi alcance para mantener la sonrisa.

-Ni del amor.

-De eso, menos que nada.

Manuela seguía viniendo a verme y seguimos yendo a misa. Así nos dio el verano. Yo quería salir de viaje,

me gusta el mar como a los delfines. Se lo propuse a Manuela y a ella le apetecía igual que a mí, le daba igual dónde fuera.

Mi hermano el mayor tiene una casa en Almuñécar y a él se lo propuse, le prometí que serían pocos días. Iré con mi novia, le dije, pero no se lo creyó. Mejor así, mayor será la sorpresa, pensé.

Lo preparamos todo y le pedí a mi hermano pequeño que nos llevase. Se lo pensó, pero al final dijo que sí.

Llegamos de noche y mi hermano y su mujer no se lo creían. El sobrino ya dormía.

-Esto hay que celebrarlo -dijo mi hermano mayor.

Y nos fuimos de marcha y yo bebí más de la cuenta.

Volvía a casa más contento que en mi vida. A este paso, terminarás salvando el mundo, me dije.

Cuando ya nos disponíamos a ocupar cada cual su habitación, antes de que mi hermano me acostase, le pregunté a Manuela si se iba a acostar conmigo.

Por toda respuesta, me dio una bofetada. No dije nada, pero me prometí no volver a medir la alegría ajena a partir de la propia, ni las ganas de sexo.

A la mañana siguiente me desperté pensando sólo en la bofetada de la noche anterior. Me quedé en la cama, no tenía ganas de levantarme y no llamé a mi hermano.

Pero Manuela llamó a la puerta de la habitación y me preguntó si quería algo. Le pedí un café y ella me lo trajo al poco rato. En realidad, no me preocupaba su bofetada sino lo que ella pudiera estar pensando de mí.

-Manuela, anoche estaba bebido y me tendrás que perdonar, quizá no es así como hay que decir ciertas cosas -me disculpé.

-Tú lo has dicho, estabas borracho -contestó Manuela, en un tono que no me permitió continuar.

Pero estaba deseando montármelo con ella y no entendía su actitud. Yo era virgen, jamás una mujer me había hecho ese favor, os podéis imaginar mi estado de ansiedad. Pero no me atreví a decirle más nada.

Mejor que continúes cascándotela, pensé, si te lo permiten tus nervios. Probé y me salió una paja muy satisfactoria.

Pero no veía la manera de continuar sonriendo, aquel semen sobre la sábana me parecía un desperdicio. ¿No podría yo tener un hijo nunca? ¿Con ella? Me entraban ganas de llorar. La verdad es que yo también lloro con facilidad, que todo hay que decirlo.

De pronto apareció en la puerta mi hermano mayor, Gregorio. El pequeño continuaba durmiendo y, después de comer, se volvería para Madrid.

-¿Qué te pasa? -me preguntó Gregorio.

-No me pasa nada, es mi problema -contesté yo.

Y me levantó para ir a comer.

Era domingo y comimos todos juntos. En estas comidas mi hermano pequeño habla por todos. Cómo me gustaría hablar como él habla, y que se me entienda. Siempre le he tenido envidia, sólo a él, debe de ser porque nunca está callado. Menos mal que Manuela no le hacía mucho caso porque, si no, ahora también le tendría celos.

Después de la comida y del café, Manuela me preguntó qué quería hacer.

-Lo que te parezca, son tus vacaciones.

Ella me propuso dar un paseo hasta el castillo y nos preparamos. Me cambió Gregorio y, mientras ella se arreglaba, me preguntó por qué estaba la cama mojada,

o con señales de haberlo estado, no sé.

-Es que me corrí -le contesté.

-Pues ten más cuidado, porque las sábanas estaban limpias.

En ese momento salía Manuela de su habitación y algo en el tono de mi hermano le llamó la atención, pero no se enteró de lo que hablábamos. Se agarró a mi silla y me sacó a la calle.

Nos paramos a tomar un café en una terraza, junto al mar. Entonces aprovechó para preguntarme:

-¿Qué quería tu hermano?

-Oh, nada de lo que debas preocuparte.

-José Luis, ¿confías o no confías en mí? -me dijo, con un tono de reproche en su voz.

-Confío en ti, pero hay cosas que no parece que te inquieten ni poco ni mucho, como es el sexo.

-Otra vez vuelves a eso -protestó, y yo me callé.

Tomamos el café en silencio y reanudamos el paseo. La tarde era perfecta, como la vida que yo sueño. En el mar, unas velas de windsurf se deslizaban por la postal.

La iglesia apareció de pronto ante nosotros, entre palmeras.

-¿Quieres entrar? -le pregunté a Manuela.

-Tú sabes que sí.

Entramos y ella se sentó a mi lado. Estaban oficiando la misa y la iglesia no estaba vacía. Manuela se quedó inmóvil y miraba fijamente al cura. Yo miraba hacia todas partes menos hacia donde ella estaba mirando.

Llegó la hora de la comunión, me preguntó si quería comulgar, le contesté que sí y allá que nos fuimos los dos. Habíamos hecho lo mismo muchas veces los do-

mingos, pero por primera vez sentía yo algo parecido a una discordia entre nosotros. Y me asusté.

Terminó la misa y le pedí a Manuela que me dejase allí. Estuve más de media hora solo, intentando sacudirme el miedo de encima.

Cuando volvimos a casa continuaba igual, sin embargo, asustado. Había perdido la sonrisa. Y Manuela me preguntó qué me pasaba.

-Nada importante, tranquila -contesté yo.

-Siempre me dices lo mismo.

-No querrás que te diga que la vida es bella.

Cuando mi hermano nos vio llegar, preguntó por el paseo.

-¿De dónde venís con esa cara?

-De misa -contesté yo.

Al oír mi respuesta, Gregorio soltó una carcajada y Manuela le preguntó de qué se reía.

-De nada, Manuela, que no entiendo a mi hermano.

-Ni yo mismo me entiendo -comenté.

-Pues ya somos tres -dijo Manuela. Y añadió- Quiero irme a la cama.

En aquel momento era lo que yo menos deseaba. Pero no me encontraba bien, y un buen sitio puede ser la cama cuando no estás bien en la silla.

-Yo también me voy a la cama -decidí.

A la mañana siguiente me desperté temprano y llamé a mi hermano porque quería ir al baño. Me llevó y yo me quedé un rato allí dentro. No podía hacer.

Era un buen momento para pensar. Y tenía que pensar muy rápido si no quería que Manuela se disgustara definitivamente conmigo.

En ese momento llamó ella a la puerta del servicio.

-¿Qué te pasa?

-Me dolía un poco la tripa -contesté yo, sinceramente.

-¿Desde cuándo te duele?

-Llevo seis días sin hacer de vientre, pero esto es algo que me ocurre con frecuencia, no hay que preocuparse. ¿Por qué no abres la puerta y me sacas de aquí?

Manuela me hizo caso, me subió el pantalón, la primera vez que lo hacía, y me sacó del servicio.

Mientras desayunábamos le propuse que me llevase a la playa.

-De momento no conozco mayor placer que el agua -le comenté.

-¿Tú crees que existirá algo más fuerte que el abrazo del mar?

-Sí lo creo, vaya que si lo creo. Tiene que haberlo.

-¿Como qué? -insistió Manuela en la pregunta, como si quisiera provocarme.

No contesté, lo último que deseaba eran malas caras otra vez. Sin embargo, tendría que hacer algo si no quería que mi historia con Manuela terminase mal.

En la casa también estaba Carmen, la mujer de mi hermano, que nos servía ahora mismo el café. Yo no tenía mucha confianza con ella. El sobrino no nos hacía mucho caso.

En la playa hacía tanto calor que yo no quería salir del agua.

-Vas a criar branquias -comentó en un momento Manuela.

-Ojalá -contesté yo-, un pez no tiene complicaciones. El mar es amable.

A veces pienso, en momentos así, que el agua es lo único que me entiende en este mundo. El mar, más exactamente. El mar es una caricia, más que un peli-

gro. El mar es dios, y el agua sería su doctrina.

Manuela y yo jugábamos y así estuvimos durante mucho tiempo. Teníamos que volver a casa.

Mi hermano se enfadó mucho porque llegábamos tarde.

-Estamos de vacaciones -protestó Manuela-, danos un poco de cuartel.

Estaba relajada, tranquila, parecía feliz.

Comimos todos juntos y mi hermano se aflojo al fin. Después de la siesta nos propuso salir de copas.

-Nos vamos todos de juerga, que Carmen casi ni sale de casa -fue lo que dijo.

-Pero José Luis, que tome café -advirtió Manuela-, que con el alcohol alucina.

Yo no dije nada, para qué, pero me dolió su comentario. No sabía qué hacer, la verdad, no entendía a Manuela.

Carmen y Manuela se enrollaron y yo no supe de qué estarían hablando, pues me pasé toda la noche con mi hermano, él tiraba de la silla.

A la mañana siguiente yo tenía un dolor de tripa como nunca, no me dejaba pensar. Vino Manuela y no me podía mover.

-¿Pero qué te pasa, Jose?

-La tripa -contesté yo a duras penas, aunque ella me entendió bien.

Me trajo mazanilla, qué asco. Y se lo dijo a mi hermano, que sabe lo que tiene que hacer en esos casos.

Mi hermano me puso el enema y me bajó al baño. Cuando por fin pude cagar y quedé vació, se me quitó el dolor y, con él, no pocas preocupaciones. Volvía a ser yo y a estar enamorado.

-Vamos a la playa -propuse a Manuela.

-No -contestó mi hermano, que me había oído-, hoy es un buen día para subir a Granada.

A Manuela, a Carmen y al sobrino les entusiasmó la idea y allá que nos fuimos. Fue un buen día, muy romántico, si puede haber romanticismo entre la multitud de turistas. Pero los cipreses del Generalife son inolvidables, o el cielo de la tarde en el Paseo de los Tristes.

Manuela habló mucho con mi hermano y conmigo, estaba muy animada.

-Te quiero -me dijo al oído, ante el sepulcro de Juana la Loca.

Yo me asusté y, en un movimiento espástico, casi la golpeo en el culo con mi mano. Pero fue de alegría. Y aquella alegría me duró mucho tiempo.

Los días pasaron muy de prisa y nos teníamos que volver a Madrid. Mi hermano el pequeño, Carlos, volvió para recogernos y yo regresé a mi residencia y Manuela a su trabajo.

-Vendré el domingo a verte -dijo, al despedirnos.

Y volvimos a la rutina de vernos los domingos y yo me sentía muy feliz con ella y muy triste cuando ella me dejaba otro día más para volver a su casa y al trabajo.

Pero no había progresos en la dirección que yo deseaba. Mi inseguridad en todo lo referente al sexo me impedía insistir y a Manuela no parecía ni ocurrírsele.

En estas estaba cuando me enteré, en la residencia, de un intercambio temporal con Alcuéscar.

Es muy sencillo de explicar. Alcuéscar es un pueblito de Cáceres y allí tiene el INSERSO otra residencia de minus. Alguien de aquella residencia quería venirse a Madrid durante la segunda quincena de agosto, pero para lograrlo tenía que haber alguien de aquí dispuesto

a irse a Alcuéscar y dejar su plaza disponible.

-Yo me voy a Alcuéscar -le dije al director.

Tenía allí un amigo al que quería ver, Jaime, que podría ayudarme en lo mío. Pero de mis verdaderas intenciones no hablé con nadie, y menos que con nadie, con ella. Querer ver a Jaime era suficiente motivo, es conocida nuestra amistad.

Despedirme de Manuela fue muy triste, pero tenía que hacerlo. Me prometió ir a verme algún día.

En Alcuéscar yo estaba muy solo, pues Jaime tampoco es que me hiciese mucha compañía, él siempre fue muy callejero. Por eso precisamente, porque la calle no tenía secretos para él, había venido yo a este pueblo.

Después de haber conseguido que me enseñase el pueblo, él en su silla eléctrica y arrastrando mal que bien la mía, mecánica, comprobado como había que de esta forma llegaríamos al fin del mundo si nos lo proponíamos, le planteé lo que realmente me interesaba:

-¿Cuándo me vas a llevar de putas?

-¿Qué? -me contestó Jaime, entusiasmado, después de comprobar varias veces, repitiendo mis palabras, que me había entendido bien- ¿Pero estás seguro de querer intentarlo?

-Por supuesto -contesté, aunque no me pareció oportuno explicarle la razón verdadera de mi urgencia.

-Mañana lo organizamos.

Así de sencillo fue todo. Llegamos sin contratiempos al puticlub del pueblo, en las afueras, y la chica que nos recibió pareció alegrarse al vernos:

-Hombre, Jaime, cuánto tiempo sin verte. Ya tenía ganas de charlar contigo.

-Tampoco hace tanto, chata -contestó Jaime-. Pero

hoy la urgencia es de este amigo, que os necesita. Tenéis que tratármelo bien, será la primera vez y ni a él ni a vosotras os conviene que sea la última.

-Tienes unos ojos que parecen los ojos de dios -me dijo la chica, al fin-, ¿estás seguro de querer intentarlo?

-Por supuesto -contesté yo, muy seguro, pero ella no me entendía. Se lo tuvo que traducir Jaime, lo mismo que el resto de la conversación.

-¿Prefieres una experta o una jovencita? -me preguntó la chica- Hoy han entrado dos nuevas que os van a encantar.

-Yo, una nueva, por favor -dije tímidamente.

-Yo prefiero que llames a Pilar -pidió Jaime-, que ya nos conocemos.

-Pues tendrás que esperar, porque Pilar está ocupada -le dijo a mi amigo-. Pero tú no -me lo decía a mí-, tu chica acaba de llegar y está deseando estrenarse.

Con las mismas, empujó mi silla hacia un reservado y se fue. Al instante, entró allí una muchacha morena con cara de niña, pero con ojos verdes como de mar. Como un ocaso verde eran sus ojos, como el rayo final.

Yo no sabía qué decir y le pregunté si quería tomar algo. Me entendió a la primera y me dijo que sí, que un whisky. Y se fue hasta la barra y trajo otro para mí.

-Tendrás que tomar tú los dos -yo no quería beber, no fuera a indisponerme- ¿Eres de aquí, de Alcuéscar?

-Me da corte que lo sepas, compréndelo -protestó.

-¿Y por qué? Yo no te buscaré ni aunque pudiera, no te molestaré.

Parecía tan nerviosa como yo, incluso más. Le vendrían bien los dos whiskys. Se los tomó sin enterarse.

-Es tan fácil venir aquí, pedir una mujer y acostarse con ella -se lamentaba.

-Para unos, más fácil que para otros -subrayé yo, por hacer una gracia, pero ella no estaba para chistes.

-Necesito pasta, no a graciosos -aclaró.

-Pues yo tampoco he venido aquí por vicio, no te confundas -protesté-. Tengo que saber si puedo hacerlo con una tía, si puedo controlar mis espasmos. Pero si no quieres, lo dejamos y no pasa nada.

Me miró largamente con sus ojos de acuarela y dijo:

-Si no es contigo, lo tendría que hacer con otro.

No sé por qué, pero a mí me daba corte. Era mi sueño y mi obsesión desde hacía mucho tiempo, lo iba a hacer y, sin embargo, me daba corte. Y repetí si no sería mejor dejarlo.

-Prefiero que tú seas el primero, que estás asustado como yo -dijo ella como última palabra.

Y empujó mi silla hasta el ascensor y subimos a una habitación.

Ella misma me subió a la cama y me quitó la ropa. Luego se desnudó y se metió bajo la sábana conmigo. Yo tenía mucho miedo de darle algún golpe con mi descontrol, pero ella me dijo que no me preocupase.

-Déjame mirarte -le supliqué.

Ella retiró la sábana y se arrodilló sobre la cama, así, desnuda como estaba. Era hermosa, era una mujer desnuda, por fin. Creí que me iba a morir de felicidad.

Pero todavía faltaba lo mejor. La chica, de pronto, se puso a horcajadas sobre mí, sujetó mis brazos para que no me moviese demasiado y así, sentada sobre mi vientre, comenzó a mover su culo con suavidad hasta conseguir que mi polla, encabritada, se perdiese dentro de su cuerpo por fin. Sentí como un vértigo.

Nunca había sentido en mi vida un placer semejante. Pero tampoco nunca había sentido tanta pena.

Y me eché a llorar como un niño.

-¿Pero qué te pasa? -preguntaba ella riendo, muy cortada, con el sol verde brillándole en los ojos.

-Perdóname -le dije-, pero cómo me hubiera gustado que tú fueses alguien que yo me sé.

-Las novias lo quieren todo, pero se pierden lo mejor. No llores, que pasa siempre -me consolaba.

Yo estaba realmente triste. Había ido a confirmar mi hombría, pero mi amor por Manuela se imponía a todo.

-Te tenía que dar las gracias y no te doy más que lágrimas -comenté, a modo de disculpa.

-Pues yo me alegro de haberte conocido, ya ves -dijo ella- ¡Y no sabes cuánto!

En aquel momento se oyó un golpe en la puerta. Jaime me informaba de que se había hecho tarde y teníamos que regresar.

La chica me vistió y me dio un beso.

-Algo te deberé, digo yo.

-Ya me has pagado, y de sobra -contestó.

Pero le di todo lo que tenía y lo aceptó. Para comer mañana, dijo. Yo lo había guardado para ella.

-¿Te podré ir a ver a la residencia alguna vez?

-Por supuesto -contesté.

-¡Date prisa, que llegamos tarde! -gritaba mi amigo desde el pasillo.

Salimos corriendo e hicimos todo el camino sin entretenernos. Era muy tarde y, cuando llegamos, nos esperaba la directora.

-¿De dónde venimos? -preguntó.

-Dando una vuelta -contestó Jaime.

-No me tomes el pelo, por favor.

La directora no estaba para bromas, desde luego,

pero yo tampoco.

-Esto es un país libre, que yo sepa -protesté.

-Tú te callas, que estás invitado -gritó ella.

-A mí nadie me da órdenes, y menos si es para que me calle.

-O callas o informo a tu centro de tu conducta.

-Pues mira qué cosa, también puede llamar al rey, que estará interesadísimo.

Estaba de los nervios aquella mujer.

-Ha sido culpa mía -terció Jaime-, que me distraje y se me ha pasado la hora. Es verano y ya se sabe.

-Iros a la cama. Mañana seguiremos hablando.

Un cuidador de guardia me llevó a la habitación y me acostó.

-Te gusta meterte en líos -me dijo, en un momento.

-Aunque soy masdependiente que tú, no soy un muñeco, ojo, no te confundas -contesté yo, muy cabreado.

-Mejor que te duermas y calles -replicó el cuidador-, que estás un poco acelerado esta noche.

Él tenía razón con lo del acelere, pero primero le mandé a la mierda y después me callé, por supuesto que me callé. Tenía muchas cosas de las que ocuparme para andar perdiendo el tiempo con chorradas.

Repasaba y repasaba a la mujer que me había hecho sentir aquel vértigo, el vértigo de una luz verde, como un silbido, en sus ojos, en el mar transparente de sus ojos, el vértigo de su horno abismal. Pero me sentía culpable y triste porque esa mujer no había sido Manuela, porque no me olía a Manuela.

Por fin, me quedé dormido cuando comenzaba a clarear en la ventana. Cuando desperté me dolía la cabeza, pero tenía que levantarme porque era la hora y no quería más broncas. El cuidador que me arregló me

bajó a la cafetería y le pedí un café bien cargado.

-¡Tenemos resaca, parece! -comentó.

-Tenemos la lengua muy larga -contesté yo.

Al momento llegó Jaime y hablamos por fin, que con las prisas de la noche anterior, y con la bronca, no habíamos tenido tiempo.

-Me duele la cabeza, pero muy bien -le conté-, todo fue formidable. Lo que ahora me preocupa es que se vaya a enterar Manuela, no sé si lo entendería. Aquí ya lo sabe todo cristo, parece que no se habla de otra cosa.

-¿Pero tú la quieres, a esa Manuela? -me preguntó.

-Estoy loco por ella.

-¿Y ella, qué?

-Yo qué sé. Dice que sí.

En aquel momento avisaron por megafonía de que la directora nos esperaba a Jaime y a mí en su despacho.

-Vuelta a empezar -dije yo.

-Cambiaremos de táctica y diremos que fue cosa mía, que te engañé para no tener que ir solo. Ella sabe que he ido más veces. Es lo mejor para que dejen de hablar de ello de una vez. Algún cuidador nos ha visto.

-Voy a parecer un imbécil -protesté.

Cuando llegamos al despacho, la directora me preguntó:

-¿Dónde estuvisteis anoche?

-Conociendo el pueblo, Jaime me sacó a dar una vuelta.

-No me tomes el pelo.

-Él mismo se lo puede confirmar.

Y se lo confirmó, vaya que si se lo confirmó, con peros y señales.

-Y eso fue todo -resumió Jaime, al término de su re-

lato-. Jose es un hombre como cualquiera y resulta que le gustan las gachís como a cualquiera que le gustan las gachís.

-Es una vergüenza -me dijo al fin la directora-, Jaime es un golfo, pero de ti esperaba otra cosa. Y esto no se va a quedar así.

En ese preciso momento alguien vino a avisarme de que tenía visita. No esperaba a nadie.

-¿Pero Jaime o yo? -pregunté, incrédulo.

-Tú, José Luis, una mujer.

Me quedé de piedra.

-¿Nos podemos ir ya? -acerté a pedir a la directora.

-Por supuesto, iros.

Y el mismo cuidador que había traído el aviso me llevó hasta recepción. También venía Jaime.

Allí estaba Manuela, esperándome.

-¡Vaya gachí! -exclamó Jaime a mi oído.

Yo me había quedado completamente en blanco y Manuela me preguntó si me encontraba bien.

-Sorprendido.

-He venido porque ya tenía ganas de verte -y lo dijo como disculpándose.

-Este es Jaime, el amigo que yo quería ver, del que te hablé, por el que me he venido a Alcuéscar.

-¡Pero que yo no soy maricón, que conste! -protestó Jaime a modo de saludo.

-Todavía no se cree que hayas venido a verme desde tan lejos, mírale qué babas -y señalé a Jaime.

-El que no te lo crees eres tú -dijo Manuela- ¿Pero tanto te sorprende mi visita? ¡Si no voy a poder venir a verte!

-Que sí. Pero no te esperaba -repetí, intentando disimular mi zozobra con la sorpresa.

Y en aquel preciso momento se acercó Felipe, un compañero con muy ganada fama de metepatas:

-¿Qué tal anoche? -preguntó.

-Dando un paseo -contestó Jaime por mí.

-Ya, y yo soy Caperucita.

-Por favor, Felipe, vámonos, que estos chicos quedarán estar solos -le ordenó Jaime con cara de pocos amigos.

-Para nada -le dijo Manuela a Felipe-, no molestáis. ¿Dónde estuvieron anoche estos dos?

Pero ya Jaime tiraba de la silla de Felipe y este no se atrevió a abrir la boca.

-¿Por qué no le habéis dejado hablar conmigo a ese chico? -me preguntó Manuela entonces.

-No digas tonterías. Ha sido cosa de Jaime, que no quiere que nos moleste.

-Te conozco, Jose. Me temo que estás en un lío.

-¡Es que no te fías de mí! -protesté yo sin mucha convicción- Vamos al bar y nos tomamos un café.

Allí estábamos cuando llegó la directora. Al verme con Manuela, se rió, y yo me puse aún más nervioso.

-La invitamos a un café -dije, por disimular.

-¿Me quieres comprar? -replicó ella.

-Ya sé que no tiene precio -contesté asustado, y Manuela me notó el apuro.

-No entiendo nada -dijo, después de unos minutos-, pero he hecho un viaje muy largo y tengo hambre. ¿Por qué no me llevas a comer a alguna parte?

Yo también estaba deseando largarme.

Salimos de allí, subimos al pueblo y encargamos una paella en un bareto. Tendríamos que esperar una hora.

-Nos da tiempo de ir a misa -comentó ella.

Me dejó descolocado con sus palabras.

-No tengo muchas ganas -acerté a decir, aunque sabía que de poco iba a servir mi protesta.

-¿Qué quieres hacer?

-Hablar de nuestro rollete, por ejemplo.

-Muy bien, porque tenía que proponerte algo importante. Me gustaría que me acompañases en un viaje a Polonia con jóvenes cristianos.

Esto ya me pareció algo más interesante que la misa.

-¿Para cuándo? Porque tendré que hacer papeles, sacarme el pasaporte y eso.

-No hay prisa, pero te lo puedo arreglar yo cuando vuelva a Madrid.

Ya estábamos ante la iglesia, Manuela tenía un instinto para darse con ellas.

-¿Por qué no entras tú sola?

-Es que no conozco a nadie.

Cuando ya íbamos a entrar, vi que se acercaba hacia nosotros un cliente de la casa de putas y me puse de los nervios.

-¿Qué te pasa? ¿Por qué te pones así? -me preguntó Manuela, preocupada.

-No sé.

Pero el hombre me había visto y no podía esquivarle.

-Creo que no me tomé las pastillas -dije entonces.

-¿Volvemos a la residencia?

El hombre, por fin, había entrado en la iglesia.

-Aguantaré, creo yo.

Comenzó la misa y Manuela dejó de observarme por unos momentos, pendiente como estaba del cura, como siempre. Cuando llegó la comunión dije que no y

se extrañó, pero no preguntó más.

-Vámonos a comer la paella -dijo, cuando salíamos.

Pero en el camino volví a ver al cliente de las putas y volví a ponerme nervioso.

-¿Pero qué te hace ese hombre? -lo había notado.

-Nada, mal de ojo, yo qué sé.

-José Luis, que yo no soy tonta.

-Por favor, comamos de una vez -le supliqué.

Y llegamos al bar y preparó mi plato, cogió mi tenedor y comenzó a darme el arroz.

Cuando terminamos de comer, pedimos el café. Al ir a pagar, nos dice el camarero que estamos invitados.

-Su cuenta la ha pagado ese señor -señalaba al putañero.

Me quedé estupefacto.

-Vamos a darle las gracias -propuso, sin embargo, Manuela.

Poco podía hacer ya para impedirselo. Ni siquiera me puse nervioso.

-No le conozco de nada -dije, por decir algo.

Manuela empujó mi silla hasta la mesa del tipo, le dio las gracias muy atenta e hizo la pregunta fatal:

-¿A qué se debe el honor? -preguntó Manuela.

-Perdone -respondió aquel imbécil-, pero ayer coincidí con su hermano en el puticlub que tenemos en la carretera, a la entrada del pueblo, y me asombró su ánimo. Se fue a la cama con la chica más en forma.

Manuela estaba demudada de pronto, parecía otra.

-¿Es verdad esto que oigo? -me preguntó.

Yo la miraba, asombrado. No contesté, para qué.

-Idiota, encima ni lo niegas. Eres un cabrón. Me voy para Madrid.

Y me dio la espalda y se encaminó hacia la puerta.

Antes de salir se giró todavía y gritó, para que nadie tuviese ya dudas de lo que pasaba:

-A la residencia, que te devuelvan las putas.

Salió del bar y allí me quedé solo. El imbécil se ofrecía a ayudarme.

-Perdona, chico, creí que era tu hermana. No dejas de sorprenderme -fue lo que le oí decir.

-¡No toques mi silla! ¡Desaparece! -grité.

No creo que me entendiese, pero me había puesto tan nervioso, estaba mi cuerpo tan sin control que el tipo aquel se asustó y salió escopeteado. Su desaparición no me tranquilizó, sin embargo.

La marcha de Manuela me había dejado hecho polvo. No sabía qué hacer. Conseguí calmarme un poco mientras llamaba a Jaime. Después de no poco esfuerzo, el camarero había conseguido entenderme y estaba marcando el número de la residencia.

-Jaime, que alguien venga a buscarme.

-¿Pero no te baja Manuela? ¿Qué ha pasado?

-Ya te contaré.

-Te busco a un cuidador que quiera hacerse cargo.

Durante la espera, cada vez estaba más nervioso. Terminé llorando como un imbécil, allí en medio del bar, espástico total. El camarero se asustó y me ofreció una tila. Se la acepté y, mientras la preparaba, llegó el cuidador, Adrián, buena gente, de los que te hacen un favor. Me dio la tila y me preguntó:

-¿Qué ha pasado?

-Casi que te lo cuento otro día.

No preguntó más. Me bajó hasta el centro y allí me estaba esperando Jaime, que quería saber lo que me pasaba. Pero yo no estaba para dar explicaciones.

-Mejor que le dejemos tranquilo -le dijo Adrián, y

me llevó hasta enfermería.

La enfermera me dio un tranquilizante y ordenó a Adrián que me metiese en la cama.

-¿No se pasa? -preguntó Adrián, una vez que me hubo acostado.

Pero yo no hacía más que llorar. Pensaba en lo ocurrido y mi cuerpo se desmadejaba. Sentía una impotencia como nunca había sentido. Aquella tarde comprendí a los dioses rabiosos. En mis manos el mundo corría peligro, había perdido la sonrisa y me sentía tan frustrado que era capaz de todo. De poco, la verdad, pues no soy dios sino inválido, pero ello me rebelaba aún más.

La enfermera había llamado al médico, que me había metido otro tranquilizante.

Cuando Adrián me trajo la cena, pegué tal golpe a la bandeja que salió volando. Lo hice sin querer, en un movimiento espástico, pero al ver a Adrián fregar todo aquello me hice el firme propósito de controlarme y lo conseguí a duras penas.

-Perdona, Adrián -me disculpé, cuando el llanto al fin me lo permitió.

-De nada, llorón -contestó él, mientras recogía los restos de la bandeja.

La noche se me hizo eterna.

Cuando me levantaron por la mañana, mis nervios se habían calmado, pero no mi dolor. Tenía que llamar a Manuela y le pedí ayuda a Jaime.

-¡Marca! -le ordené, pues él no lo veía oportuno.

Me dijeron que esperase un momento porque Manuela estaba ocupada, y esperé. Pero al poco se puso su padre para decirme que dejase en paz a su hija.

-¿Desde cuándo le hace los recados? -pregunté, un

poco borde.

-¿Cómo puedes esperar que Manuela te escuche después de lo que le has hecho? -me contestó él.

-Todo eso se lo quiero oír a ella.

Pero Manuela no cogió el teléfono y me hice el propósito de llamarla en otro momento. Sentía la misma frustración que la tarde anterior, si no más, pero estaba más calmado.

Jaime tenía que irse a una reunión de la Junta de Participación. Cuando volvió, estaba nervioso él.

-Una compañera me ha pedido que dimita por dar mal ejemplo. ¿Y eso se come solo o con arroz?, pregunto. No tienes suficiente con ir tú de putas, sino que llevas a los compañeros, argumentó ella. ¿Desde cuándo tengo que dar cuentas a nadie de mi vida privada?, contesto. Pero la reunión se ha aplazado hasta otro día, para dar tiempo a todos a informarse y argumentar.

-Tú vales más que todos ellos juntos, no sé cómo puedes preocuparte -comenté, para tranquilizarle.

Y nos fuimos al comedor.

Terminamos de comer y, después, nos tomamos un café en el bar de la residencia, como siempre.

-Al menos sé que contigo tengo un amigo -me confesó entonces Jaime, que continuaba preocupado.

-¿Por qué vives en esta residencia, si puedes valerte por ti mismo? -le pregunté, no era la primera vez.

-Tengo un padre -me dijo, y esta sí fue la primera vez que me hablaba de ello- de los que nadie desearía precisamente como padre. No me queda más remedio que vivir aquí.

-No eres el único -dije, aunque no pensaba en mí, yo nunca me atreví a reprocharle nada a nadie.

En aquel preciso momento apareció en el bar la chi-

ca de los ojos verdes, preguntando por mí.

-¡Lo que me faltaba! -exclamó Jaime.

-Tranquilo, que había quedado yo con ella.

Nos saludamos y la chica me pidió que nos fuésemos a otro sitio más discreto. Nos salimos a la calle.

-Me fui del puticub después que tú -me dijo ella-, no podía, yo no valgo para eso, me sentía muy mal. Tú me demuestras que puedo vivir con mis problemas.

Había venido para que lo supiera, para agradecerme esta revelación suya. Qué cosas pasan.

-Pues a mí me ha dejado mi novia porque se enteró de que había pasado la noche contigo -le informé, que tampoco tenía otro asunto de más interés en la cabeza.

-Lo siento mucho -se lamentó, casi llorando.

-Había ido a buscarte porque quería probar, ya te lo dije. Necesitaba saber si podía hacerlo, y lo necesitaba precisamente para saber a qué atenerme con ella.

-Pues lo haces muy bien -me consolaba, sonriendo-, te lo dice el conejito del experimento. Porque eso parece que soy para ti, el conejillo de Indias.

Era una cachonda aquella chica.

-Todavía no sé tu nombre -necesitaba saberlo.

-Beatriz.

-Beatriz, perdona si en algún momento te hice daño. A los minus como yo la gente nos toma por imbéciles, y es esta actitud de los demás lo que nos acostumbra a ser sinceros, pues nuestra palabra vale muy poco y el esfuerzo de mentir no merece la pena, o la cortesía.

-Eres un idiota, Jose, pero he tenido mucha suerte de haberte conocido. ¿Te queda mucho tiempo de vacaciones? Yo soy de Alcuéscar, ya te lo puedo decir.

Le expliqué que en unos días tendría que volver a mi residencia, a Madrid, y que no podría aplazarlo.

-¿Y por qué no te vienes estos días conmigo? -me propuso Beatriz.

Aquello me gustaba, Beatriz era un cielo. Pero estaba Manuela, tenía que hablar con ella a toda costa. Además, tendría que pedir permiso en el centro.

-No soy un hombre libre del todo, en la residencia hay unas reglas -contesté.

-Pues pedimos permiso -replicó Beatriz.

Estaba claro que también le gustaba la idea.

-Antes de decidir nada, tendría que hacer una llamada -volví a objetar.

-Yo te llevo al teléfono.

Marcó Beatriz y cogió la llamada otra vez el padre de Manuela.

-Quiero hablar con su hija -dije, y al poco se puso Manuela.

-Que me dejes en paz -exclamó, y creí que colgaba.

-Tú sabes que te quiero -acerté a pronunciar.

-No me digas, ¿y cómo lo supiste?, ¿por la puta?

-Necesitaba probarme y tú deberías comprenderlo.

-¿No crees que me lo podías haber pedido a mí?

-Te lo pedí en casa de mi hermano y dijiste que estaba borracho.

-Muy bonito, hacerlo delante de toda la familia.

-Yo te quiero.

-No quiero volver a oírte más -gritó, y colgó.

En aquel momento decidí aceptar la invitación de la chica, me había cabreado.

-Vamos a pedir permiso -le dije por fin a Beatriz, que gritó de alegría.

No estábamos lejos.

-¿No sabes que es puta? -me soltó el responsable, al llegar-, tendrás que hablar con la directora.

Él mismo me llevó a verla, a la fuerza, era un cotilla.

-¿Qué atropello es este? -grité, cuando entramos al despacho.

-Estás de visita y yo no me hago responsable, llamaré a tu centro de origen -dijo la directora, inmutable.

Después de no pocas voces y amenazas, conseguí al menos que no llamase a parte alguna y me permitiese ausentarme por unos días, no sin antes prometer que me largaría de Alcuéscar en una semana a más tardar.

Me sacaron del despacho y le di la noticia a Beatriz.

-¿Vives sola? -pregunté.

-Sí, nadie nos dará órdenes -no era poco.

Su casa era muy pobre. Apenas si podíamos tomar café allí, pero tampoco necesitábamos mucho más.

-Te preparo café y me cuentas tu vida, que no sé nada de ti -me pidió al llegar.

-Tampoco sé yo mucho de ti, Beatriz.

-Estás en mi casa, yo soy lo que ves. ¡Pero qué no habrá en tu memoria de minusválido!

-Una vida de pobreza, de sufrimiento, de abandono. Lo mío fue una parálisis cerebral.

-¿Eso que llaman PC en algún tema de las oposiciones? Yo quise entrar en tu residencia, de cocinera, pero no aprobé la oposición.

-Exacto, PC, paralítico cerebral. Tengo una familia, soy el PC de la familia, siempre lo fui, y mis padres ya no podían con su PC. Y mis hermanos tampoco.

-¿Pero por qué?

-Si te digo la verdad, no lo sé, pero si miro alrededor, cómo vive la gente, alguna explicación alcanzo a encontrar. El mercado ha dictado sus condiciones para todos, trabajo y nómina, no existen otros valores en

nuestra sociedad. A los PC nos almacenan en residencias, como a los viejos, como a los enfermos, como a los niños, todo el que no trabaja en esta sociedad es candidato al almacén de residuos.

-¿Pero desde cuándo piensas así tú? -me interrumpió Beatriz, un poco asustada.

-Cada vez lo veo más claro. Pero yo sueño otro mundo, con gente como tú.

-¿Yo no soy de este mundo?

-Eres del mundo de mis sueños.

Y Beatriz me dio un beso en la frente, muy emocionada. A continuación, me dio el café.

-¿Pero es de nacimiento tu parálisis?

-De parto, más exactamente. Sufrimiento fetal, asfixia. Parece ser que yo venía un poco torcido y la comadrona se descuidó con mi madre. Cuando llamaron al doctor, yo ya estaba hecho polvo.

-Pobre.

-Pero mi madre nunca tiró la toalla. Trajo a toda la familia de La Mancha a Madrid con el único propósito de que yo tuviese mejor asistencia médica. Y cuando lo consiguió, en la Clínica de la Concepción, después de unos días en que yo había mejorado muchísimo mi motricidad con unos aparatos que me ayudaban, le dijeron que se suspendía el tratamiento porque no pagaba. Sólo consiguió que se reanudase mi tratamiento, después de mucho moverse, porque un periódico publicó mi caso. Vuelve a la clínica con el niño, le dijeron, que si te vuelven a echar haremos un artículo más fuerte. Todavía no había muerto Franco y esto de las denuncias funcionaba, todos tenían miedo a la gente que, como mi madre, protestaba.

-A mí me echaban del colegio porque en mi familia

había rojos, sin embargo.

-En Madrid era otra cosa. Pero todo fueron problemas, pues éramos muy pobres. Unas pastillas que tenía que tomar para mejorar el habla, tampoco me las daban porque no teníamos dinero para pagarlas. Mi madre siempre estaba denunciando estas cosas y así fue consiguiendo, primero un barracón, luego una casita baja y, más tarde, un piso, siempre peleando.

-Es una buena madre.

-El mayor golpe para mí fue cuando mi madre me consiguió un colegio. Por primera vez me iba a separar de mi familia. Fue como el destierro. Aquel día empecé a llorar y creo que mi corazón no ha dejado de derramar lágrimas desde entonces. Mi madre me mandaba a curarme, creía. Era el Sanatorio Marino de Górniz, creo, o algo así. Sor Trinidad y una tal señorita Montse me enseñaron a leer a palos.

-¿Y qué necesidad había de pegarte?

-Eso mismo pensaba yo, pero me pegaban por todo, hasta por hablar mal. Tuve una bronquitis y también me pegaron por eso. Pero allí aprendí a leer. Estuve allí varios años. Luego mi madre me buscó un colegio en Madrid, en Ayala, el colegio Bosmaril, eso. Iba por la mañana y salía por la tarde. Allí continué con los cursos de la primaria.

-¿Has estudiado mucho? Cuánto me hubiera gustado a mí poder hacerlo.

-De mayor he hecho el BUP, por mi cuenta. En los colegios sólo he aprendido de abandonos. Una vez, un cirujano reconoció a todos los niños del cole, menos a mí. Me eché a llorar porque yo también quería curarme, pero, por toda respuesta, oí esta contestación de aquel imbécil: Lo tuyo es incurable, niño, no des gue-

rra.

-Qué fuerte -Beatriz se estaba poniendo muy triste.

-Todos quieren de mí que no dé guerra. Pero también he conocido a buena gente, no creas. En todas partes hay buena gente, es la fortuna que te ayuda a vivir, enganchado como estoy desde niño a esta rueda de los colegios y de las instituciones.

Nunca en mi vida había hablado tanto y tan seguido de mí mismo. Beatriz me escuchaba y eso me ayudaba a esforzarme y a pronunciar lo más claro posible cada palabra. Casi me lo entendía todo, parecía de la familia.

-Mi familia no ha sabido luchar como tu madre -dijo ella, después de un rato.

-Cuéntame -le propuse.

-Primero vamos a cenar -y se fue hacia la cocina.

Al poco volvió con una barra de pan en la mano.

-No tengo más que esto -confesó muy avergonzada.

-¿Sabes hacer migas? -le pregunté.

-¿Te gustan las migas? Estamos salvados.

Mientras preparaba la cena, le pedí el teléfono. Ella misma marcó el número. Se puso mi madre.

-Estoy en casa de un amigo, pero nos hemos quedado sin pasta. ¿Me puedes mandar algo?

-¿Por qué no estás en la residencia? -preguntaba ella, más bien cabreada.

-Es sólo una escapadita, estoy bien, ya te lo contaré. ¿Me vas a mandar el dinero?

-Sí, hijo, sí. Mañana.

Y le di la dirección. Se extrañó de que la calle se llamase General Mola.

-A ver cuándo cambian de una vez ese nombre -se lamentó Beatriz-. A mi abuelo lo mató Franco.

Las migas le salieron muy requetebién y pudimos comer hasta hartarnos.

-¿Por qué no preparas otro café? -le pedí.

Mientras Beatriz estaba en la cocina, me acordé de Manuela. Su recuerdo me entristecía.

-¿Estás pensando en esa chica? -me preguntó cuando volvía con el café. Las mujeres son brujas.

-No me lo explico -contesté.

-Pues cambia de rollo -dijo ella muy contenta, mientras me daba a beber el café.

-Me habías prometido contarme tus cosas -le recordé entonces.

-Oh, mi vida es muy triste, parece de culebrón. Mi madre murió cuando apenas tenía nueve años y, desde entonces, mi padre ha estado borracho. Hasta que se murió, hace uno días. Se culpaba de la muerte de mi madre porque no consiguió dinero para costearle un tratamiento muy caro. Un tío mío se hizo cargo de mí entonces, pero éramos muy pobres y yo nunca pude estudiar mucho. Además, como éramos rojos, casi ni nos daban trabajo. La primera vez que salí a buscar trabajo fui a un bar, pues ponía en un papel que necesitaban a una chica y yo lo vi. Mi tío no sabía nada. Pedí un café y estuve por lo menos una hora, hasta que me lo tomé. El camarero, mosqueado, me preguntó que hacía allí sola, una niña tan pequeña. Y entonces le dije que venía por lo del anuncio.

-¿No me digas que te dio trabajo?

-Literal, así conseguí mi primer sueldo. Pero escucha, que pasó apenas un año y el mismo dueño me propuso ganar más dinero con menos esfuerzo. ¿Cómo es eso?. pregunté yo, ingenua. Te imaginas, se trataba de dormir con él. Salí corriendo, pero no para la calle, me

fui a encerrar en el baño, asustada. Al rato salí de allí y le pedí la cuenta. Todavía me amenazó con llamar a la guardia civil, porque era una menor. Nunca dije nada de esto a nadie, pero siempre tuve la cosa desde aquel día de trabajar de puta. Hasta que te encontré, que al fin me había decidido, ya ves qué cosas.

-Duró poco tu vocación.

-Ya te vale. Mientras vivió mi padre yo he trabajado de todo. Casi no me atrevía ni a pensar en lo de ser puta, pero lo pensaba. Cuando murió fue cuando me decidí. Pero era una tontería, yo no valgo para eso. Lo que pasa es que no tengo trabajo ni hay trabajo en este pueblo para mí. Ya todos saben, además, que estuve allí. Ahora, menos que antes.

Se había hecho muy tarde y yo tenía sueño. En la casa sólo había una cama y un sofá.

-Todo lo vendía mi padre para beber -aclaró Beatriz.

-Pido el sofá -insistí yo.

-Ahí dormía yo antes.

-Por eso, ya te has ganado la cama.

Beatriz me acostó y se fue a su cama después. Pero yo estaba muy nervioso y, antes de haberme dormido siquiera, ya me había caído al suelo.

-¿Qué te pasa? -gritó Beatriz, que tampoco dormía y había oído el ruido.

-Nada.

Pero ella se había levantado preocupada por el estruendo y, al verme en el suelo, se echó a reír.

-¿Qué haces ahí, tirado?

-Nadando, si te parece -grité yo, cabreado-. Que me he caído, coño.

-Será mejor que te lleve a la cama -resolvió.

Al instante, estaba yo acostado en su cama. Pero ella recogió sus cosas y se fue a dormir al sofá.

-¿Pero no te quedas conmigo? -acerté a decir.

-Ya no estoy de alquiler -contestó, y en su voz no había broma.

A la mañana siguiente, ya estaba Beatriz preparando el café cuando llamó el cartero con el giro de mi madre. Ella vino a despertarme para que firmase. Nos había mandado diez mil pelas y le pedí a Beatriz que se quedara con el dinero, pues yo podía perderlo.

-¿Qué propones para hoy? -le pregunté.

-Quisiera ir a Trujillo esta mañana -contestó.

Su primo tenía coche e iba a pedirselo.

-¿Pero tú sabes conducir?

-Un poco. Me he enterado de que unas monjas necesitan una chica para hacer recados y cosas fuera del convento. Puede ser un buen trabajo, aunque pagarán una miseria. Quiero comprobar si me admitirán.

Tomamos el café y nos fuimos en busca de su primo. Beatriz supuso que estaría en la huerta a aquellas horas y nos encaminamos hacia allá.

Allí estaba el primo. Era mayor que Beatriz.

-El coche lo tengo en casa -dijo, mirándome con mucha atención, que me ponía nervioso.

-¿Y por qué no te vienes con nosotros? -le propuse. No parece que haya mucho trabajo aquí.

-Siempre hay -contestó el primo, distraído-, pero es que, además, no quiero molestar.

-Primo, que no molestas, que podemos comer en Trujillo. Una fiesta ya nos podemos dar, que siempre nos vemos en los entierros.

Se había convencido. Terminó de hacer lo que había pendiente por allí, la huerta era muy pequeña y todo

estaba regado. Los tomates no estaban maduros y los higos ya se habían caído de la higuera.

-¿Estará tu padre en casa? -preguntó Beatriz al primo cuando íbamos en busca del coche.

-Pues claro.

-¿Y sabe lo mío?

-Lo sabe todo el pueblo -el primo hablaba como si no quisiera que lo oyese nadie.

-¡Qué corte! -murmuró Beatriz, muy preocupada.

Yo, la verdad, no supe qué decir, pero me preparé para una escena. Le pedí a Beatriz que me diese otra pastilla para los nervios.

Sin embargo, no pasó nada. Cuando el tío vio a Beatriz, en vez de recriminarle nada, le dio un abrazo.

-Me alegro de verte, Beatriz, me alegro de que estés bien. Tú sabes que, en lo que podamos, seguiremos ayudándote -así habló, ni un reproche le hizo.

Debía de saber también cómo había terminado la aventura de la sobrina. A mí no me miraba con muy buenos ojos, la verdad, eso se nota. Pero nos preparó un café muy rico, que le agradecí. Beatriz, de pronto, estaba contenta otra vez, y eso también se lo agradecí.

El primo se había preparado y nos podíamos ir. Entre los dos me subieron al coche.

-Adiós, tío -gritó todavía Beatriz por la ventanilla.

Por la carretera sólo hablaba Beatriz, que si le iban a dar ese trabajo, que si al primo cada vez le iba mejor con las tierras, que lo del Mercado Común les había venido a todos muy bien, por más que se quejasen, y que íbamos a comer jamón en Trujillo, que era lo que a mí más me gustaba.

-¿De dónde sacas tú que el jamón es lo que más me gusta? Si casi no puedo ni masticarlo.

-En trozitos pequeños te encanta, ¿a que sí? Mira qué cara de tonto se te pone. Además, que el jamón de aquí está un poco salado y eso te ayuda a salivar y haces mejor la digestión.

Fuimos directamente al convento, pero no querían bajarme del coche.

-Si te interesa el trabajo, bajadme ahora mismo, que los caminos del señor son menos insondables con un minusválido en la silla de ruedas llamando a la puerta.

Así lo hicieron. Pero el sueldo era de cuarenta mil pelas al mes y, la verdad, no nos entusiasmó mucho.

-Pero menos es nada -dijo al fin Beatriz, decidida a aceptarlo.

Y volvimos a llamar a la puerta y a entrar. Tendría que empezar en una semana, pero el trabajo era muy llevadero, vigilar a turistas por la mañana y hacer algunos recados. Beatriz se comprometió con el trabajo.

Os parecerá una tontería, pero yo me quedé más tranquilo, le estaba cogiendo ley a Beatriz y un trabajo así podía centrarla un poco.

Había sido una buena mañana y yo tenía hambre ya.

-Pues si hay que comer jamón, es bueno el momento -propuse.

Entre el primo y Beatriz se encargaron de elegir un bar. Conocían bien el pueblo, pero no se ponían de acuerdo en la relación calidad precio.

Terminamos en una terraza sombreada y tranquila.

-A mi que me lo pongan con melón, el jamón -pedí, que si los PC tuviésemos una pensión decente no comeríamos otra cosa.

-No te digo, como el rey -se rió Beatriz-. ¿Y a nosotros qué nos dejás? ¿La sandía con chorizo culero?

-Todavía os queda el lomo con pepino y el salchi-

chón con gazpacho.

-El vino, de Don Benito -exigió el primo, que ya estaba más enrollado.

Beatriz me daba de comer. El jamón estaba buenísimo. Hasta el melón estaba bueno.

-Extremadura nunca tuvo otra cosa para la exportación -dijo Beatriz-, cerdos y conquistadores.

Entonces me acordé de algo que había aprendido este verano.

-¿Sabíais que el jamón extremeño no se cura aquí, sino en Granada? -pregunté con discreción.

-¡Pero qué dices! -sabía yo que ninguno de los dos se lo iban a creer.

Casi no me lo creía ni yo. Pero llamamos al camarero y le pedimos el etiquetado del jamón. Allí lo ponía bien clarito: curado en un secadero de Trevélez, en la Alpujarra granadina.

-Madruga para enterarte de esto -dijo el primo con pesadumbre, y se sirvió un buen vaso de vino.

-Esto la Junta de Extremadura no lo puede consentir -exclamó Beatriz indignada, y se bebió otro buen vaso.

-¿A mi nadie me va a consolar? Yo también quiero vino, que la vida es muy cuesta arriba.

Le pedí a Beatriz que me lo diera de un trago. Cuando terminé de tragarlo exclamé, satisfecho, algo que suelo repetir en los buenos momentos, pero que ellos dos no me habían oído decir nunca:

-¡Cuando tenga un hijo seré feliz del todo!

Los dos se quedaron un poco cortados, sobre todo Beatriz, aunque seguimos comiendo con ganas.

Fue después cuando mi frase tuvo las secuelas que tuvo.

Terminamos de comer, tomamos el café y nos dis-

poníamos a volver a Alcuéscar cuando Beatriz propuso otra cosa.

-Es una pena que Jose se quede sin conocer Trujillo, ¿por qué no nos quedamos hasta la noche, que lo iluminan todo?

-Tengo que trabajar, prima -contestó el primo.

-Podemos hacer una cosa. Nos quedamos nosotros y tú nos vienes a buscar mañana -aquello era más una resolución que una sugerencia en boca de Beatriz.

-Vosotros mismos -el primo se desentendía.

-Por mí, no hay mejor plan -asentí yo, y en eso quedamos al fin.

Ahora ya no recuerdo muy bien cómo es Trujillo, pero paseando por el pueblo tuve la impresión de haber vivido allí en otra vida. Fue ante una galería de madera de una segunda planta, soleada y recoleta.

-Yo he vivido aquí y era mujer -estaba seguro.

-Pues si recuerdas dónde escondió el tesoro tu padre, lo que les robaba a los indios de Perú, nos hacemos millonarios -Beatriz se reía, pero me escuchaba atenta.

Subimos al castillo, hasta donde se podía con la silla. La vista del campo desde allí era realmente hermosa. Tengo la impresión de que, desde cualquier cerro, un monte, un alcor, se alcanza a ver el paraíso, pero he subido a tan pocos. A los minus nos llevan a Lourdes, en vez de subirnos al monte o al castillo, que suele estar más cerca y es siempre como un milagro.

-Mañana nos vamos a bañar en aquel agua -decidió Beatriz, señalando el horizonte, hacia poniente.

-Hecho -apoyé, aunque yo no veía ningún agua.

Nos bajamos hasta la plaza cuando ya oscurecía.

-Los Pizarro robaron mucho, pero benditos sean sus

arquitectos -dije yo. Y pregunté a Beatriz- ¿Tienes algo de conquistadora en tu alma?

-De ladrona, más bien. Lo primero que veo es la caja, cuando entro en una tienda.

-A mí me gusta el mar, sin embargo, porque soy manchego -dije yo, recordando también al Quijote, que no paró de desfacer entuertos hasta que llegó al mar.

-Del mar, a mí me gustan los piratas.

-Pues a mí el mar que me gusta es el de los peces, no el de los piratas.

-Lo que te pierdes. Ven, que te lo voy a enseñar.

Y me llevó a un pafeto, a beber.

-¿Qué tal con el alcohol? -me preguntó Beatriz.

-Conocidos -contesté.

Pedimos dos cubatas y bebí el mío de un solo trago.

-Ya eres un pirata auténtico -rió ella, que también se lo bebió de una vez.

Lo que menos me gusta de los pub es que siempre te encuentras a algún baboso que te corta el buen rollo. Allí también había uno.

-Pero, chica, ¿cómo pierdes el tiempo con un inválido, teniéndome a mí por nada? -le dijo un joven muy guapo a Beatriz, para que yo le oyese.

-¿Y tu mamá, no te enseñó a ser galante también con las ovejas? Porque de carnero tú tenías futuro -gritó Beatriz, para que la oyesen todos bien.

Con el segundo cubata, me cagué. Pero no le dije nada a Beatriz, estaba yo tan a gusto, y ella, tan alegre. Cuando me olió por fin, le entraron las prisas, pues aún no teníamos habitación. Pero lo mejor fue que, al salir, le dijo al camarero en voz baja que lo nuestro lo iba a pagar el guapo de las ovejas, y se lo señaló.

-Un recuerdo que le dejamos al imbécil -me cuchi-

cheó al oído, mientras traspasábamos la puerta.

Encontramos habitación en una pensión con ascensor. Había dos camas. Mejor, pensé yo.

Pero no era el único que pensaba aquella noche.

-Tengo un problema -informé-, que me he cagado.

-Ya lo sabía, ahora mismo te limpio -resolvió Beatriz-. Dime cómo tengo que hacerlo.

Se lo iba explicando y fue rápido.

-Ahora me pones boca abajo y, con el mismo pañal, me limpias todo. En la silla tengo un pañal limpio.

-Mañana tendremos que comprar más -observó ella, mientras terminaba de hacerlo.

Me lavó y me dejó un rato boca abajo. Cuando me dio la vuelta, ella estaba completamente desnuda.

-Chico, tengo ganas de follarte -dijo riendo, y sus ojos verdes volvían a tener esa luz de silbido.

-Pero...

-Pero nunca tendrás un hijo si no aprendes a follar.

Estaba espléndida, poderosa, me daban ganas de rezarle. En vez de eso, comencé a ponerme nervioso, espástico.

Ella comenzó a acariciarme la cabeza, el cuello, el pecho, hasta conseguir dejarme quieto como nunca lo había estado, sin una convulsión.

-¿Ves? Lo que necesitas son más caricias y menos pastillas -y se reía como si fuese la dueña del mundo.

-A mí también me gustaría poder acariciarte -le rogué yo, sinceramente.

-Inténtalo -y cogió mi mano y la fue guiando por su cuerpo-, pero no te pongas nervioso, así, controla, ah, qué atrevido eres...

Así estuvimos largo rato. Yo no quería acabar nunca. La toqué por todas partes. Cuando, por fin, ella vol-

vió a sentarse sobre mi vientre y a abrirse como un abismo, yo creo que me desmayé. Fue muy fuerte.

Y ella reía y reía, y gritaba como otra espástica, llegó a asustarme, pero el amor era aquello.

Y, después, se quedó dormida a mi lado.

Por la mañana me entraron ganas de ir al baño, pero me daba tanta pena despertarla. Me aguanté hasta que no pude más.

-¿Qué te pasa? -preguntó ella, que se había despertado al fin con mis movimientos.

-Que tengo ganas de ir al baño, pero no quería despertarte.

-No seas tonto.

Le expliqué cómo debía cogerme y en el baño me dejó, mientras ella se vestía y se arreglaba un poco. Después, me vistió a mí y nos fuimos de allí.

-Desayunaremos y nos iremos a bañar, tenemos mucha mañana para nosotros -propuso.

-Estupendo, pero antes me pasas por una farmacia, que no tengo pañales y se ha terminado el valium -me acordé en aquel momento.

En la farmacia tuvimos problemas porque no llevábamos receta, pero unas pocas voces más y unas pocas sonrisas de Beatriz convencieron a aquel boticario de que yo necesitaba tranquilizantes.

Teníamos mucho hambre los dos y repetimos de churros y de café en el bar. La mañana era limpia y redonda como el cielo.

-Ahora te bajaré hasta el paraíso -dijo Beatriz, recordando mis palabras de la víspera, en el castillo, y comenzó a empujar la silla calle abajo.

Salimos al campo por un camino solitario, pero lleno de moscas.

-¿No estará muy lejos ese agua?

-Mira bien, Jose, porque no olvidarás este lugar en la vida -dijo ella, con solemnidad.

Desde allí abajo el campo era más aburrido que desde el castillo, había higueras, huertas, rastros, algo que podían ser melones, que podían ser pimientos, yo qué sé, campo con verde y árboles.

Y, de pronto, el agua. Parecía una presa.

Continuamos caminando un poco más. Justo donde el camino comenzaba a alejarse del pantano, de allí mismo arrancaba un sendero que bajaba hasta el agua:

-Aquí es, hemos llegado -y frenó la silla y comenzó a desnudarse delante de mí.

-¿Pero qué haces? -no teníamos bañador.

-Si quieres bañarte, te tienes que mojar el culo.

-Mojártelo, sí, pero no exhibirlo.

-Las moscas y los mirlos no se escandalizarán.

Beatriz, en pelotas como estaba, comenzó a desnudarme a mí también. Me quitó hasta el pañal, acercó la silla al agua, me cogió casi en brazos y me metió dentro. El agua no estaba fría, menos mal, eran los últimos días de agosto y el sol picaba un poco.

En el agua, ella podía manejarme con facilidad y comenzó a jugar conmigo, a hacer gansadas. Estaba contenta, era joven. Yo la miraba embobado, estaba en sus manos.

-Me aprendes con tus ojos -decía ella.

En un momento, no sé por qué, me acordé de Manuela otra vez, que nada de fábula. Me dio hasta vergüenza hacerlo y Beatriz lo notó.

-Ojos tristes, ahora. ¿Ya no te gusta lo que ves?

-No digas tonterías -repliqué yo, intentando ponerle un poco de brillo a mi mirada, pero no sé hacer eso.

-¿A qué viene esa tristeza? ¿Te has acordado de tu Manuela?

-Manuela nadaba bien -dije, a modo de disculpa.

-Tú no sabes lo que es nadar -y me cogió de un brazo y comenzó a tirar de mí, que perdí pie rápidamente-. Saca la cabeza del agua, ¿no te querrás beber todo el pantano?

Nos habíamos alejado mucho de la orilla y comenzaba a ponerme nervioso. Seamos sinceros, estaba acojonado. Jamás nunca había dejado de sentir el suelo debajo de mi culo y estaba acojonado. La sensación de flotar era como mi sueño del paraíso, y bien sabe dios que yo necesito el paraíso, pero el miedo podía más que el placer. Yo, allí, en medio del pantano, me hundía. No podía ni hablar, y comenzaron los espasmos.

-Tranquilo, Jose, tranquilo -me calmaba Beatriz con su voz más tierna.

Me acariciaba como la noche anterior, con sabiduría, con suavidad, con soltura. Comencé a tranquilizarme, ya sólo ella existía en mi cabeza, estaba en sus manos. La verdad es que nadaba como un delfín, manteniéndome a flote sin dificultad.

Y, de pronto, cuando ya me había relajado y estaba quieto allí en medio, entre el cielo y la tierra, flotando, Beatriz comenzó a meterme mano descaradamente. Pretendía que lo hiciésemos allí mismo y yo no podía impedirselo.

-¿Pero estás loca?

-Por supuesto -contestó a mi protesta, pegándose a mí hasta conseguir introducirme en su horno de nuevo.

Y fue interminable, fabuloso, incierto, infinito. Creía agonizar. Durante mucho rato, no sé, toda una vida quizás (ahora que lo repaso tengo la sensación de que,

efectivamente, transcurrió una vida entera allí en medio del pantano, la mía), me olvidé del agua, del miedo y del abismo bajo mis pies. Beatriz era el centro del mundo y yo estaba en el centro del mundo. Qué gritos en un momento, qué asfixia, qué fácil es flotar.

Cuando me devolvía a la orilla, ella desfallecía. Entonces sí que casi nos ahogamos, pero yo ni me enteraba, ya no tenía miedo, ya no me importaba morirme. El mundo estaba salvado, yo era feliz del todo. Y, además, confiaba en ella.

-Quiero hacerte un poema -le dije al salir del agua.

Buscó en su bolso una libreta y el boli y, mientras el sol nos iba secando, comencé a dictarle:

-Verde que te quiero verde...

-No me vaciles, listo, que estudié poco, pero no era tonta.

-Perdona, no quería vacilarte, me acordé de Lorca por tus ojos de musgo, y por el río.

-¿Me vas a hacer esos versos o tendré que ligarme a otro poeta?

-Copia:

Beatriz, me hechizaste
en el horno verde
de tus ojos verdes
y ya no encuentro la salida
del horno de fuego
entre tus piernas, Beatriz.

¿Qué te ha parecido?

-Muy guarro -contestó Beatriz muy satisfecha-. Si me muero mañana, ordenaré que lo escriban sobre la lápida de mi tumba -y volvió a leerlo en alta voz y re-

pitió-: pero qué cochino eres.

-Creo que me estoy enamorando de ti -le confesé, entonces.

-No digas tonterías, Jose, que tienes novia.

No quería ni oírme hablar de ello, y yo no insistí.

Habrían pasado más de dos horas desde que llegamos al lugar y el sol ya quemaba de narices.

-Son más de las doce, tenemos que irnos porque nos estará esperando mi primo.

Nos vestimos rápido y volvimos al camino. Menos mal, porque ahora comenzaba a bajar gente del pueblo para bañarse y nos hubieran pillado en pelota picada junto al agua.

Cuando llegamos a la plaza, ya estaba sentado en la terraza del bar el primo. Yo necesitaba un café con urgencia, estaba a punto de desfallecer.

Mientras me lo preparaba, Beatriz habló algo con su primo que yo no oía. Hasta que por fin me informó:

-Ahora mismo nos vamos a comer a Portugal, que no está tan lejos. Quiero regalarte algo, de alguna manera tendré que pagarte el poema.

-¿Qué poema? -preguntó el primo.

-Hemos estado en la presa y me ha escrito un poema precioso.

-Quiero leerlo -pidió el primo, como es lógico.

-¡No! -grité yo, con tal desesperación que se asustó toda la terraza- No creo que ella quiera dejártelo leer, ya sabes como son las mujeres con sus cosas.

Efectivamente, la prima también dijo que no, menos mal.

-¿Pero qué me quieres regalar? -pregunté.

-Vámonos -fue su respuesta.

Subimos los tres al coche y nos largamos. Al salir

de Trujillo, cogimos la carretera general, no íbamos a pasar por Alcuéscar. Casi me había olvidado.

Decidí que esta tarde tenía que volver a la residencia, aunque no recordaba ni a qué día estábamos. Pero no le dije nada a Beatriz, ya se lo diría.

Mirando a la carretera, se me ocurrió comentar:

-Nuestras vidas son caminos y cruces de caminos.

-Otros dicen que son los ríos -dijo el primo.

-Pero los ríos no se cruzan -objeté yo.

-Pero sí se juntan -dijo de pronto Beatriz, que iba callada.

-Pero no se separan -insistí.

-Pues vale, que sean caminos -cedió al fin Beatriz.

Y al poco me preguntó- ¿En qué crees tú?

-En la risa. La fiesta salva al mundo -contesté.

Se quedó un momento pensando y luego dijo:

-Yo también creo en la risa, más que en el trabajo.

-Pues menos mal que los que trabajan se ríen poco, porque si no terminaríamos pronto echando de menos alguna cosa -el primo no estaba de acuerdo y yo no tenía ganas de discutir.

Atravesábamos la sierra de Montánchez, que es una tierra alucinada.

-Esta tierra, sin embargo, ha trabajado mucho y ha reído poco -reconoció al fin el primo, después de un silencio.

La carretera es aburrida cuando estás relajado, y la verdad es que Beatriz y yo lo estábamos. Yo creo que hasta llegamos a dormirnos en algún momento, porque recuerdo que el primo nos tenía que avisar por dónde pasábamos.

-Ya estamos en Badajoz, señores viajeros -y habíamos pasado por Merida y por no sé dónde más-, creo

que vais a tener que ir preparando los carnets.

-¿Ya llegamos? ¿Portugal es esto? -pregunté yo, de-
seoso de llegar, tenía hambre.

-Cerca -contestó el primo-. Vamos a Elvas, un pue-
blo que te va a gustar, hay mucha piedra vieja.

-Lo viejo aquí es la frontera. Es tan vieja que ha
muerto aplastada por sus fortificaciones, lo mismo del
lado de España que del lado de allá.

-¿Pero has estado en Portugal? -preguntó Beatriz.

-He estado en la biblioteca, que me quedaba más a
mano, aunque era más aburrida que esto.

-Pues en Elvas sí hay un comando militar -informó
el primo.

-Esta frontera siempre ha sido de los militares y de
la guardia civil -comenté yo.

-¡Qué asco! -subrayó Beatriz.

-Si no guardia civil, algo tendrá que haber para pro-
tegerte -protestó el primo.

-Yo me sé defender sola de todo, menos de la guar-
día civil.

Si hubiera podido hacerlo, la habría aplaudido. Ha-
bía estado sembrada. Grité de satisfacción.

-A mi tampoco me gustan los militares, pero hay
cosas que son como son -dijo el primo, un poco mosca.

-Son como son -le apoyé-, pero a mí no me gusta
como son.

Llegamos a Elvas y sobre el terreno nos pusimos de
acuerdo, recorriendo las fortificaciones y las iglesias.
Estuvimos de acuerdo en que dios y la guerra habían
hecho aquella frontera. Como todas, en realidad.

-Si estas piedras fueran restos de una cultura desa-
parecida, como el teatro romano de Mérida. Pero no,
continúan siendo frontera. Y dios continúa siendo el

dios de los militares.

Se pusieron de acuerdo en el restaurante y comimos bacalao, que para eso estábamos en Portugal. Muy rico, como jamás lo había comido yo. Ni siquiera mi madre lo supera, sospecho que le falla la materia prima.

-Y el café también está estupendo -dije.

-¿Te gusta? -preguntó Beatriz con súbito interés.

-¿El café? Muy rico, muy rico -contesté-, parece mentolado, te ayuda a respirar.

Se puso muy contenta y pronto supe la razón. El regalo que buscaba para mí era precisamente eso, café.

-¿Pero no te sentará mal tanto café? -preguntó el primo.

-Lo que me sienta fatal es no tomar, estoy todo el día muerto. Si tuviese cocaína, a lo mejor no lo echaba de menos.

Beatriz me compró dos kilos y a mí me pareció el regalo más hermoso que me han hecho en mi vida.

-Te lo llevas a Madrid y que el tío de la cafetería te haga siempre café con él. Y cuando lo tomes te acuerdas de mí, que también te he ayudado a respirar.

En compensación, yo le regalé una rosa roja.

-Y cuando se marchite, Beatriz -le dije tristemente-, te habrás olvidado de mí.

-Que así sea -contestó, descarada.

Entonces aproveché para comunicarle mi decisión de volver a la residencia esta noche. Quería crearle un poco de mala conciencia.

-¿Pero, por qué?, ¿no estás a gusto conmigo? Te quedan unos días.

-Eres tú la que se ha cansado de mí -protesté yo, sin fundamento, con mala uva, de lo cual me arrepiento.

-No digas eso, por favor -había conseguido entristecerla y casi me alegré, pero no seguí el juego.

-Tengo que volver hoy mismo porque se lo prometí a la directora -mentí.

-Pero si a mí me dijiste...

-Si por mí fuera, no volvería jamás. Pero hay momentos, como ahora, en que puede con mis sueños el maldito principio de realidad. De pronto, comprendo que la residencia es mi sitio, mi maldito sitio -esto sí era la verdad.

La vuelta a Alcuéscar fue un poco triste, aunque más corta, pues nos ahorrábamos el tramo hasta Trujillo.

Llegábamos un poco tarde y el recibimiento no fue agradable. Comenzaba a pagar el precio a mi osadía.

-¡Hombre, el juerguista! -saludó la cuidadora que tenía que darme de cenar y acostarme-. Y por lo que veo, vienes del burdel.

-Sí -contesté yo, muy violento-, y tu madre te manda recuerdos. Y tu padre, también.

-¿Y no va este desgraciado y me insulta? Mi madre no tiene nada de qué avergonzarse.

-Si acaso, de una hija como tú -se me había soltado la lengua, e iba a ser el primer incidente de la serie.

-¿Pero cómo eres tan desgraciado, adefesio? -amenazó la cuidadora- Ahora te vas a enterar.

-¿Qué tortura vas a inventar que no conozca, madame comisario?

Beatriz y el primo estaban asustados, pero la chica de recepción se estaba riendo, sospecho que de mí.

-¿Pero es que no podemos tranquilizarnos todos un poco? -intervino el primo

-Tú te callas -gritó la cuidadora al primo-. Y a la

cama contigo -añadió, agarrando mi silla con determinación-, que no tengo toda la noche.

-Antes, quiero cenar -grité yo.

-Aquí hay un horario, esto no es el burdel, y tú has llegado tarde.

Entonces intervino Beatriz. Le quitó la silla a la cuidadora y resolvió:

-Te vienes con nosotros a cenar, que esta tía es una borde.

-Como te vayas con esa puta, no vuelvas, porque dormirás en la silla.

El primo, que es un hombre tranquilo, también había alcanzado su límite:

-Tía, que no vuelva a oírte insultar a mi prima o es lo último que dices -dijo, acercándose mucho a ella y remarcando cada palabra, como en las pelis de mafiosos.

Pero esta cuidadora es de las que no se callan ni debajo del agua:

-A mi tú no me amenazas. Como vuelvas por aquí, llamo a la guardia civil -gritó, mientras nosotros salíamos a la calle.

Me llevaron al Bahía, un bareto no muy lejos de allí. Pero a mí se me había quitado el hambre.

-Escenas de estas, cada vez que uno de nosotros se salta una norma que, además, ni siquiera hemos puesto nosotros.

-¿Pero qué norma te has saltado tú? -me preguntó Beatriz.

-El principio de realidad. Es una ley que tampoco va contigo, precisamente. Proclama que has de admitir lo que eres, pero sobre todo que no eres nada. Lo peor es que, como no cumplo esta norma, no cumplo ninguna.

Al llegar al bar, le pedí a Beatriz que me diese un café y un valium, estaba muy nervioso. Pero un cuidador que me conocía estaba allí con su cerveza y se acercó a ayudar.

-Buena combinación, el valium y el café -comentó, mientras me lo daba.

-Siempre los tomo juntos y siempre me caen de puta madre -dije yo, intentando ser amable.

Pero el cuidador, Primitivo, no percibió el esfuerzo.

-Algo te ha pasado, Jose, ¿es con los que te acompañan? -preguntó, discreto.

-Al contrario, venimos del centro, he tenido bronca con María Marín, la cuidadora.

-¿Ha sido muy fuerte?

-Pues sí, para qué nos vamos a engañar -contesté yo, sin muchas ganas de entrar en detalles.

-No ha querido darle de cenar y amenazó con no acostarlo -intervino Beatriz.

-No es la primera vez que María la monta -se disculpaba Primitivo-, hay que tener paciencia. Jose, vamos tú y yo para allá, a ver qué se puede hacer.

Nos despedimos y Beatriz me pidió que nos viéramos otra vez antes de irme para Madrid.

-Me voy el lunes, ven cuando quieras -contesté.

Primitivo me llevó hasta el centro, no sin antes aconsejarme que fuera prudente.

-Yo soy prudente, Primitivo. Lo que no soy es un muñeco de trapo.

-Se ha comentado mucho vuestra escapada del sábado y tu salida de estos días, la gente está irritada.

-Pues no conozco santos entre los cuidadores.

-Alrededor hay siempre más mierda que flores, ya lo sabes. Pero tú no hables, que tienes novia en Madrid

y te lías aquí con otra.

-¿Tú también, Primitivo? Estás de sobra informado de nuestras necesidades y de nuestras carencias. Yo era virgen hasta que vine aquí, y vine aquí dudando de mi propia hombría. Tenía que probarme precisamente porque estaba enamorado. Cualquiera otra actitud hubiera significado renunciar a mi propia vida, a lo que tengo, a mis deseos. ¿Tengo yo acaso que desaparecer para que este mundo de gilipollas continúe sonriendo feliz a los anuncios de la tele? ¿Pero es que los minusválidos no vamos a tener plaza jamás entre los satisfechos?

Habíamos llegado y Primitivo me volvió a pedir paciencia. Le prometí que haría un esfuerzo. En recepción, llamaron a los cuidadores y apareció María Marín.

-Por fin viniste, ya sabes lo que te espera -dijo sin cortarse, delante de Primitivo.

-María, te conviene que Jose duerma en su cama y bien arropado.

-Primitivo, ¿y tú eres mi representante sindical?

-Precisamente.

-¿Y por eso me amenazas? -era inminente el choque de trenes- Este no es tu turno, compañero, así que te largas a casa, que me estás entreteniéndome.

-No me iré hasta comprobar que le acuestas.

-Lleva una semana de juerga con una ramera. Una noche más de movimiento no le matará.

Hasta aquí estuve callado, pero me pareció prudente no seguir callado por más tiempo:

-María, no me vas a asustar como a otros. Yo sí voy a declarar contra ti y te van a meter un parte que te vas a cagar -lo dije con toda la intención, que no me gustan las peleas que terminan en nada.

Fue suficiente para que María perdiese los papeles definitivamente.

-Yo te acostaré -decidió Primitivo y él mismo me llevó a la habitación.

Me acostó y me desnudó, pero estaba mojado.

-No tienes guantes -le advertí.

-Yo también me la cojo para mear -dijo y continuó cambiándome el pañal.

Estaba muy cabreado, pero Primitivo es un tipo que se respeta a sí mismo y cumple.

En aquel momento entró María en la habitación, ella no había dicho todavía la última palabra.

-¿Y además le estás cambiando, después de amenazar a una compañera tuya de chivarse? Le podía haber cambiado su amiguita, y así había hecho el trabajo completo.

Me puso tan espástico que me caí de la cama.

Primitivo buscó la grúa por la planta, pero estaba estropeada. Él solo no podía cogerme del suelo y subirme otra vez, eso es tarea de dos. Y menos lo iba a hacer estando María presente, que lo aprovecharía para criticarle, además, por enseñarnos mal a los residentes.

-Lárgate y déjame en el suelo, que es verano y la vida es más fácil -le pedí.

Hubiera querido explicarle a Primitivo, para que se fuese más tranquilo, que dormir una noche en el suelo iba a favorecer mi posición negociadora en las broncas que se avecinaban, pues aquello no había hecho más que empezar. Pero estaba delante la María y me callé.

Primitivo me colocó sobre una manta y se largó. Y María también, al fin.

De pronto estaba tan de buen humor que solté una carcajada de malote de película. Y me entraron ganas

de hacerme una paja. Fue fácil, no tuve más que quitarme la braga y acordarme de Beatriz y sus caricias.

A la mañana siguiente me despertó el sol. A pesar de las broncas previsibles, yo estaba muy contento.

-¿Pero qué haces ahí tirado? -dijo la cuidadora al entrar en mi habitación.

-Ya ves, nadando un poco -contesté.

-Este es el golfo -dijo el cuidador que la acompañaba-. Menuda semana que se ha corrido, va a necesitar una buena ducha de agua fría.

Me sonaron sus palabras a celador de manicomio.

-¿Y para cuándo dejas el electroshock? -pregunté.

Se cortaron los dos. Eran nuevos y no eran mala gente, pero ya habían aprendido toda la mierda prepotente que enseña un centro como el nuestro.

Me ducharon y me lo pasé muy bien. Resulta que eran novios y estuvimos haciendo bromas, pues ella fue la que me pasó la esponja. El agua, además, me resucita, conseguí relajarme.

La chica me vistió y me pidió que esperase un poco, que tenía que levantar a otros compañeros. Y me puso la tele.

Cuando volvió para bajarme al comedor, le pedí que me pasase por cafetería. Quería ver a Jaime y allí estaba. Nos fuimos juntos al comedor.

-¿Cómo va lo tuyo? -le pregunté cuando nos quedamos solos.

-Hoy es la reunión y M^a Carmen está haciendo campaña. Quiere mi puesto, está insoportable.

-No es tan difícil ponerla en evidencia, tendrás que ser más inteligente que ella -propuse.

-No creas, lo peor de todo es que es imbécil. Y los imbéciles siempre tienen éxito, no hay más que mirar a

los políticos.

-Pues tendrás que ser más imbécil que ella.

-¿Tú crees que podré? Eso es algo que no se improvisa -empezaba a relajarse y, por fin, me preguntó lo que yo quería- ¿Y tú, qué?

-Hoy he dormido en el suelo. Como la directora me presione por lo de Beatriz, le voy a montar un pollo por malos tratos. Y tengo testigos, hasta me apoyará Primitivo.

-¿Qué dices? ¿Primitivo, contra sus compañeros? Eso tengo que verlo.

-No creo que haga falta, la directora no se atreverá a ir muy lejos. Y yo no tengo ganas de bronca. Sólo aspiró a hacer lo que me dé la gana -y los dos nos reímos ruidosamente.

Habíamos desayunado y volvíamos a la cafetería para tomar otro café, que en la cocina echan malta.

-Quítame esa bolsa que cuelga de la silla -le pedí a Jaime, señalando la bolsa del café enganchada de la manilla derecha, donde la había colgado Beatriz-, y la dejas en la barra. Camarero -grité, llamando su atención-, invitas a todos de este café hoy, que es portugués y coloca.

Había visto a M^a Carmen, la rival de Jaime, y quería probar. Por supuesto, cayó en la trampa:

-¿Qué os parece? Esos dos nos invitan con el café de las putas -dijo, cuando ya unos cuantos estaban pidiendo su dosis.

-¿Y cómo sabes tú la marca del café que consumen esas señoras? -pregunté, inocente.

-Oh, qué fino, señoras putas, miradle, babea, pero es muy fino -tenía razón Jaime, era imbécil.

-Yo babeo porque no puedo evitarlo -contesté, muy

tranquilo-, pero tú te ríes de un compañero por ser mí-nusválido, y eso sí podrías evitarlo.

-¡Y se atreve a dar consejos! Y él se va de putas con ese otro amigote.

Por fin intervino Jaime, que era lo que yo quería:

-Jose no es mejor que tú por invitarnos a todos a café ni peor por acompañarme al puticlub. Es diferente de ti porque no se ríe de los compañeros. A los que sabemos apreciar estas diferencias, nos cae muy bien Jose, mira tú -cuando terminó, varios compañeros comenzaron a aplaudir y a jalear a Jaime.

La jugada había salido bien, todo parecía encauzado.

-Me voy porque me meo de risa -chilló M^a Carmen, antes de desaparecer-. Luego nos veremos en la reunión, que un hombre que se va de putas a mí no me merece confianza.

Al poco llegó la directora a la cafetería. Fue verme y abordarme.

-¿Qué tal? -me preguntó

-Estoy vivo -contesté, tenía que averiguar lo que sabía ella de esta noche.

-Te irás de aquí el lunes con un informe nada favorable sobre tu conducta, que redactaré yo misma -dijo ella y, por el tono de su voz, quería que lo oyese todo el mundo.

-Me voy de aquí con un recuerdo imborrable de los malos tratos recibidos en su centro. Pero yo redactaré una denuncia en el juzgado, más que un informe -añadí, también para que me oyesen todos.

Se puso lívida. Evidentemente, no sabía nada de lo que había pasado por la noche.

-¡Pero cómo te atreves, desagradecido! -exclamó.

-¿Qué tengo yo que agradecerle? ¿Su empeño por que me someta al destino que para nosotros, los minusválidos, los masdependientes, diseñan ustedes, los masválidos, los minusdependientes? No, gracias, yo conozco mis necesidades y mis deseos y no voy a renunciar a mis deseos -estaba disfrutando, todos me oían.

-Tú eres un iluso y un sinvergüenza, eso es lo que eres.

-¿Tendré que añadir a la denuncia de malos tratos que la directora me ha insultado? Hay muchos testigos aquí -los compañeros estaban alucinando y continuaban pidiendo más café.

La directora debió de reparar, de pronto, en que no me estaba poniendo espástico, como era de suponer que había de ocurrirme en un momento de tensión, y comenzó a tomarse en serio mi amenaza. La verdad es que yo tampoco sabía como estaba aguantando tanto. Sería el público.

-Ya hablaremos -se derrotó. Y volvió sobre sus pasos y salió de la cafetería.

-¿Pero se va sin tomar café? -le advertí, todavía.

Se quedó sin tomar café. Estaba realmente contento. Jaime y yo sí que nos tomamos otro.

-En la reunión de esta mañana tendrías que proponer -le dije a Jaime- un taller de sexo, con monitores. Si contratan monitores de macramé o de punto de cruz, más falta nos hacen los monitores sexuales. Hoy sale.

-Mejor habría que llamarlos asistentes o trabajadores sexuales, como los asistentes sociales.

-Eso, asistentes de la libido o algo así. -Pero insistí en lo otro-: si lo propones hoy, sale adelante la iniciativa, está todo el mundo entusiasmado contigo.

-Y a la directora le da un infarto.

-Fácil.

Vino un cuidador a recogerme, me llamaba la directora. No había tardado ni media hora en informarse de lo ocurrido la noche anterior.

-José Luis -comenzó, tensa pero muy educada-, lo único que yo he pretendido en este asunto ha sido ayudarte, que conozcas tus limitaciones. No somos nosotros quienes te ponemos límites, fue la naturaleza. A mi me gustaría subir al Everest, pero acepto mis limitaciones y ello no me frustra.

-A mi tampoco me frustra no poder subir al Everest -respondí yo. Me lo había dejado a huevo.

-Quiero decirte -continuó ella, nerviosa- que, por ejemplo, muchas parejas deciden hoy día no tener hijos porque no se sienten preparados para cuidarlos.

-Yo me lo pensaría también, sí.

-¿Pero quieres ser razonable, José Luis? ¿Cómo vas a cuidar tú de un hijo?

-El primer problema que se me plantea no es ese, sino tener una mujer.

-¿Una puta?

-¿Sabe lo que a mí me frustra de verdad, señora directora? -me estaba hartando de charla y fui sincero- Que los masválidos se prohíban acariciarme, eso es lo que me frustra y me deprime. Sobre todo las masválidas, las masmujeres, para qué nos vamos a engañar.

-A lo mejor eso es tu Everest -fue todo lo que se le ocurrió comentar a ella . Y a mí se me quitaron las ganas de continuar la charla por completo.

-Le propongo un trato, señora: usted se olvida de su informe y de convencerme de nada y yo me olvido de lo que ocurrió anoche con su cuidadora.

-No es mi cuidadora, sino vuestra cuidadora. Y tienes que comprender que tenga un mal día.

-En el trato entraba que no me pretenda convencer de nada, ¡pero es que de nada! Tengo toda la vida para equivocarme. Es lo único que puedo hacer bien y todos se empeñan en impedírmelo.

-El lunes te vas -tenía verdaderas ganas de perderme de vista, la tía.

-Pues adiós, si no nos volvemos a ver -tampoco a mí se me ocurría nada para continuar mirándola y salí al fin de su despacho.

La reunión de la Junta de Participación también fue muy bien, por lo que me contó Jaime. Como era de esperar, M^a Carmen hizo el ridículo más espantoso. Eso sí, ahora tenía otra razón más para continuar jodiendo a mi amigo, que tendría que armarse de paciencia.

Pero el caso es que también quería joderme a mí.

Hasta el domingo por la tarde no pasó nada más en mi vida digno de reseñarse. Después de comer, se presentó en la residencia Beatriz, como me había prometido, para despedirse.

-Mañana comienzo a trabajar en el convento de Trujillo, me han hecho un contrato indefinido y estoy muy contenta. Pidieron informes y mi tío dijo que era huérfana y muy apañada, mira tú.

-Cierto, muy apañada.

-No seas cochino, que sólo te hacía un favor.

-Unos pocos. Y no lo olvidaré nunca, Beatriz, ni muerto.

Me había encontrado en la cafetería y tomábamos un café. Aquello estaba lleno de gente cuando entró M^a Carmen.

-Así que tú eres una de esas del burdel -le dijo a Be-

atriz.

-¡Pero esta de qué va! -exclamó Beatriz, sorprendida.

Yo me estaba poniendo nervioso.

-No le hagas caso o nos joderá la tarde -aconseje.

-Lo cierto es que no puedo perder el tiempo con una cualquiera -M^a Carmen se había acercado más a nosotros y gritaba para que la oyesen todos.

-Porque eres una minus, si no te pegaba una bofetada que te volvía del revés -Beatriz también hablaba para que se la oyese.

-¿Habéis oído? La puta del baboso resulta que me quiere pegar -la tía es que no sabe callarse.

Para su desgracia, se había acercado demasiado a mí. Me volví con toda la violencia que me permiten mis nervios, que es mucha, y acerté a conectar el puño cerrado y mi brazo rígido en toda su boca. No necesité un segundo golpe. Allí se quedó desmayada, ¡para haberla matado!

Beatriz todavía quería socorrerla.

-Vámonos de aquí, que nos pilla la tormenta -le aconseje, y ella empujó mi silla y salimos a la calle.

Es una vergüenza, pero tengo que reconocer que íbamos riéndonos.

El buen humor me duró poco. A mí nunca me gustaron las despedidas. Y, menos que ninguna, esta. Beatriz era la primera persona que había encontrado en mi vida que no le importaba mirarme, acariciarme y reírse conmigo. Cómo no me iba a entristecer alejarme de ella.

-Vamos a tomar un café -propuse, después de un largo silencio, muy espeso, pues ella tampoco estaba muy alegre precisamente.

Entramos a un bareto y se sentó frente a mí. Era realmente hermosa, tanto que parecía una vulgaridad decirselo. En vez de eso, le dije que me pidiera un whisky solo.

-Muy bien, yo quiero otro.

-Y me lo das de un trago.

-¿Pero te vas a emborrachar? -preguntó, sonriendo.

-¿A ti nunca te ocurre que hay momentos tan bellos en tu vida que deseas morirte, y ya está?

-¿Este es uno de esos momentos?

-Este, no. El momento eres tú, cuando deje de verte.

-Pero qué tonto eres -se reía satisfecha, segura. Era una muchacha sorprendente.

-No, no quiero emborracharme, no vaya a cagarme otra vez encima, que en el centro no están las cosas precisamente suaves. Y después del tortazo de esta tarde a esa imbécil, apaga y vámonos

-Es verdad, lo había olvidado, qué gancho, la dejaste KO en el primer segundo.

-Fue a traición -yo no participaba de su entusiasmo en semejante asunto, aunque la hostia estuvo bien dada.

Después de beberme el whisky me puse más triste todavía, ya no podía ni mirarla. Menos mal que se acercaba la hora de la cena.

-Bájame, que no quiero más broncas con los cuidadores -me salió casi como una orden.

Volvimos en silencio. Cerca ya de la puerta de la residencia, me paré y le pedí a Beatriz:

-Cuando lleguemos, me dejas en el hall y te vuelves y sales. No quiero volver a verte.

-¿Y no podré darte el último beso?

-No, no quiero que me veas llorando.

Y así lo hizo, obediente. Me dejó en recepción y se fue sin decir nada.

No he vuelto a ver a Beatriz.

Cuando el cuidador vino a recogerme, efectivamente, estaba llorando.

-Hueles a alcohol, ¿no estarás borracho?

No contesté, para qué.

No tenía hambre. Pero no quería que el whisky me pusiese más triste todavía, prefería comer algo.

-No quiero puré, dame el huevo -le dije al cuidador.

Pero el muy cabrón estaba toreado ya. Me esperaba una buena noche.

-Si no quieres el puré, no hay huevo, que no estoy aquí para hacer tus caprichos.

No estaba yo para broncas y me quedé sin cenar, lógicamente. Creo que no hubiera cenado ni montando un pollo, pues me habían llevado al comedor cuando ya todos salían y ahora estaba vacío.

Y en la habitación, la misma historia.

-Ponme en el water, que tengo ganas de mear.

-¿No tienes el pañal puesto? Pues méate en él, que está para eso.

-Y estoy toda la noche mojado.

-Eso ya es tu problema, no el mío -y se fue.

Tenía más ganas de llorar que de mear y me entregué al placer de llorar, fue un llanto muy dulce. Y no me meé y conseguí dormir un poco, ¡que se joda ese cabrón!

Me levantaron temprano, todo el mundo tenía prisa por meterme en el autobús.

-¿Pero no voy a desayunar? -protesté, cuando me dieron las pastillas con un vaso de agua.

-La cocina aún está cerrada y no la vamos a abrir

para el señorito -contestó una cuidadora que ni conocía.

No había tenido tiempo ni de conocerlos a todos.

-Este señorito tiene hambre y es obligación de la señora darle de comer -insistí, a sabiendas de que daría lo mismo.

-Si hubieses cenado anoche, ahora no tendrías hambre.

También sabían que no había cenado. En mi vida había yo dado tanto que hablar, era para tomar nota del éxito.

Pero dejé de protestar, estaba muy triste y no quería ponerme nervioso. ¡La tristeza me sentaba tan bien!

Me metieron en el autobús y partimos. A pesar de las últimas putadas, no estaba deseando irme de allí.

Al llegar a Trujillo y reconocer los perfiles de su arquitectura, volví a llorar.

Pero la tristeza también me estaba dando hambre.

-¿No paramos para tomar algo? -pregunté al conductor.

-Hay prisa, tengo que volver a Alcuéscar en mi horario.

Ya no me extrañó esta respuesta, me empezaba a gustar ser el malo.

Nada más llegar al CAMF de Leganés me dirigí a la enfermería para que me dieran las pastillas de la comida, estaba muy nervioso.

Por suerte, el comedor aún no estaba cerrado, las prisas habían servido para algo.

Allí me encontré al responsable, Luis, un tipo prudente, que me preguntó por el viaje.

-Ya te empezábamos a echar de menos, Jose -dijo.

-Eso no me lo creo. Sin embargo, yo sí comenzaba a

echaros de menos a vosotros.

-¿Tan mal te han tratado?

-Digamos que he tensado un poco la cuerda.

-O sea, que los rumores que nos han llegado no iban desencaminados.

-Yo no respondo de rumores, pero si alguien te dice que agredí a una compañera, no te lo creas. Fue un accidente, me puse nervioso y ella se dio con mi brazo al pasar.

-Me lo creo, Jose, que cuando el río suena, no es el Manzanares.

-O se ha desbordado ya, que no sé qué será peor.

-Eso -lo nuestro parecía un diálogo de besugos, pero me estaba gustando-. Tengo entendido que quiere verte el director -terminó Luis.

Esto ya me gustó menos.

Luis me llevó hasta la cafetería, después de comer, y allí estaba el director. Pero también estaban los compañeros, que me pusieron al corriente.

-Sabemos todos los detalles -me dijo no sé quién, nada más verme.

-Eso me tranquiliza, así podremos hablar de cosas importantes -contesté yo, pero me puse contento observando sus caras de admiración.

Después que hube saludado a todos, se acercó el director.

-¿Sabrás que tengo que hablar contigo? -me soltó, a modo de saludo.

-No tenía ni idea -contesté, muy tranquilo.

-Mañana, que ahora estarás cansado.

E inmediatamente ordenó a un cuidador que me die-
ra el café que había pedido y que, después, se me baña-
se. Me gustó esta nueva actitud del director, había re-

parado en mí, por fin. Y no parecía tener muy claro lo que quería decirme.

El cuidador, Lorenzo, fue más explícito que Luis y me dijo que se había enterado de todo lo mío en Extremadura y que me apoyaba, que no tenía que preocuparme. Pero terminaba su turno y tenía que irse. Antes, llamó a Marisa y M^a Angeles para que me bañasen.

También las dos estuvieron muy amables, aunque más discretas. Les pedí que me dejaran acostado, porque estaba cansado, y tuvieron que consultarlo con enfermería. Pero no hubo problema y me dejaron en la cama. Me dormí en seguida.

Me despertó una llamada a la puerta. Era Félix, mi compañero de partida de dominó.

-Se dice que te has pasado estos quince días con una puta -fue lo primero que me soltó, que donde hay confianza da asco.

-La gente habla demasiado -contesté yo, circunspecto.

-¿Pero es verdad o no? -le comía la impaciencia, aunque no sé si deseaba la confirmación o una negativa.

-Primero, no es una puta, y segundo, no fueron quince días -se lo dije así para que le pareciera una negativa.

-¿Que te has ligado a una paisana? No me lo creo.

-Yo tampoco. Incluso tenía los ojos verdes.

-Joder, joder, joder -Félix no salía de su asombro, la misma cara que cuando levantaba sus fichas y contaba seis blancas-. ¿Y Manuela? -me preguntó al fin.

-Fue a verme el domingo antepasado, se enteró de todo y me dejé plantado.

-Joder, joder, es que eres un jeta. Te vas a Alcuéscar

y se la pegas.

-Que no, que sólo buscaba una tranquilidad, una confirmación, que lo he hecho por ella.

-Joder. ¿Y querrás que Manuela te crea, además?

-No me creyó -contesté yo con tristeza.

Ya no sabía qué me entristecía más, si la ruptura con Manuela o la despedida de Beatriz, pero de lo que sí estaba seguro era de que jamás, yo, daría un paso para ponerme en contacto con Beatriz.

-Pues el director está al tanto de todo -me informó Félix-. Él ha sido quien me lo ha contado, ya sabes que somos amigos.

-Lo he visto y ha estado muy amable.

-Pues parecía preocupado.

-A mi ya me jode su rollo paternalista.

Al fin se fue Félix y volví a quedarme solo. Me estaba poniendo muy nervioso, pero llegó la hora de la cena y me dieron la pastilla. Después de cenar, me devolvieron a la habitación y a la cama.

-¿Tienes el pañal seco? -me había preguntado el cuidador.

Lo tenía y se lo dije. No hay como estar en casa, pensé.

Pero pensaba en otra casa, en realidad, en una casa mía, fuera de estas residencias del INSERSO.

Estaba a punto de dormirme cuando entró Mercedes en mi habitación, otra amiga. Venía a avisarme de que tenía una carta en secretaría y que parecía de mi grupo de Auxilia.

-¿Parece o es? -pregunté yo.

-El remite es de Auxilia.

Se repitió con ella la conversación que había tenido con Félix, aunque no la cara de admiración.

-¿Qué os pasa a los tíos? -esta es la bronca final que me soltó ella- Veis unas piernas que andan y babeáis como niños. Pero es que os dais batacazos como los bebés y no aprendéis nada. Sois imbéciles, en realidad. ¿Por qué no os pone cachondos una tía en silla de ruedas? ¿Es que nosotras no tenemos manos para acariciar o corazón para recordar o agujeros para jugar? Sois bebés imbéciles que buscáis a vuestra mamá, en vez de buscar a una mujer. Nadie os ha enseñado a amar y no lo aprenderéis nunca. A los cojos os engaña la publicidad más todavía que a los no cojos. Ya sólo sabéis pajearos con Claudia Schiffer.

Esta era la conclusión que Mercedes sacaba de mi aventura. Me dejó pensativo.

-Tenía muchas ganas de volver a verte -le dije, al despedirnos.

Me dormí, amaneció, me levantaron, me lavaron y bajé a desayunar. Hasta aquí todo marchaba bien.

En el comedor estaba el otro responsable, Antonio, que también me preguntó por el viaje, pero con mucho cachondeo.

-Espera a los detalles, para cuando ponga la crónica en el tablón del pasillo -le contesté con muy mala leche.

-Vienes muy gallito, tú -y Antonio soltó la amenaza, que es lo típico de su clase-. ¡Que no te vea yo tocándole el culo a alguna cuidadora, porque te la busco!

-Los cuidadores que me respetan no tienen nada que temer de mis manos -contesté a voces, había conseguido cabrearme de veras.

-A saber lo que entenderás tú por respeto -el tipo es de los que no se callan.

-Disimular el hocico, por ejemplo, cuando se es un

cerdo -estaba espástico, pero controlaba.

Y el hijo de puta se tuvo que callar porque sus compañeros comenzaban a llamarle la atención. La paz había durado poco. No hay paz si hay poder.

Otro cuidador me dio el desayuno y, después, me llevó hasta la cafetería. Allí estaba el director, que ya se iba.

-Tómame un café, Jose, que te invito.

-Gracias, estoy sin blanca. Ignacio me va a tener que fiar hasta que cobre -Ignacio es el camarero.

-No me extraña -comentó el director, para añadir:- cuando termines, te pasas por mi despacho.

Me tomé el café y aún saludé a tres hermanas que vienen a leerles la Biblia a quien quiera oírlas. Es lo único que están dispuestas a hacer por los minus, que no es poco. La inmensa mayoría no hacéis nada, que quede claro. Ya sé que pagáis impuestos, pero esa pasta se gasta en polis, no en minus. Si por lo menos no pagaseis.

Antes de pasar por dirección, entré en secretaría a recoger la carta. Los compañeros de Auxilia me avisaban de que teníamos reunión el sábado.

Con el director tuve más paciencia que él conmigo, por más que asegurara que yo le consumía mucha.

Lo primero que me pidió fueron los detalles de lo ocurrido, que yo le resumí de un plumazo.

-¿Qué sabe usted? -le pregunté.

-Que eres un golfo -dijo él.

-Se confirma.

-¿Y qué más? -ahora el que preguntaba era él.

-Que he vuelto de Alcuéscar y vuelvo triste. De lo cual se deduce que ser golfo es una alegría, como yo sospechaba.

-De eso te quería yo hablar. ¿Pero tú es que no sabes quién eres?

-Tenía mis dudas. Después de la experiencia, lo tengo más claro.

-Eres un tonto muy charlatán que me hace consumir mucha paciencia -el que se estaba poniendo nervioso era él, yo continuaba muy paciente-, pero no me vas a confundir. Jose, digas lo que digas y te pongas como te pongas, tú no puedes tener una vida normal, no puedes tener una familia, no eres un individuo normal.

-¿Eso es todo? -pregunté, por si había terminado.

-No, hoy me vas a tener que escuchar, Jose. Agradece a la directora de Alcuéscar que haya cambiado de parecer y retire sus informes. Por menos se han ido otros a la calle. Mejor que aquí no estarás en parte alguna, pero para estar peor no tienes más que seguir haciendo tonterías.

-¿Por qué será que a los desgraciados como yo siempre nos amenaza lo peor, como si nunca fuéramos del todo desgraciados? Esto sí que es un problema digno de usted, señor director, y no mis deseos o mis sueños.

-Jose, no te enteras de nada, sufres un permanente estado alterado de conciencia, tienes que bajarte de la higuera.

-¿Pero es que está ciego? -me estaba jodiendo demasiado- ¿Pero es que no ve lo que tiene delante? Yo me caí de la higuera cuando nací, a ver si se entera de una jodida vez. Y no pretendo volver a subirme, eso se lo dejo a la gente como usted. Lo único que hago es arrastrarme en la dirección que yo quiero, la que yo elijo, sólo eso.

Por fin, me dijo que no podía dedicarme más tiem-

po. Menos mal. Pero al salir de su despacho, allí que estaban mi padre y mi madre en mitad del pasillo, esperándome. Se había movilizado al completo el principio de realidad.

-¿Qué tal un café? -propuso mi padre.

-El café es lo único que nos une ya -dije, con cara de pocas visitas.

-Hijo, no digas tonterías -cortó mi madre.

-Además del café, le está cogiendo el gusto a las mujeres, por lo que se ve -añadió el director desde la puerta de su despacho a modo de saludo y despedida. Y creo que de recordatorio.

En el camino al Renato, ninguno de los tres dijimos ni una palabra sobre Alcuéscar. Tomamos el café, pregunté por mis hermanos y no discutimos de nada porque ellos me dieron motivos. Sobre mi viaje, ni una pregunta, ni una palabra. Fue un rato muy tranquilo.

Querían llevarme a comer a Parque Sur, pero les dije que me devolviesen al centro, que estaba cansado y ellos tendrían cosas que hacer. A la una y media nos despedíamos en la puerta. Observé a mi madre mejor y no parecía contrariada. Me dejó un poco de dinero.

Aún estaba viendo alejarse a mis padres cuando se me acercó Luis para disculparse por el comportamiento del otro responsable, de Antonio.

-Gracias, Luis -le contesté-, echo de menos tu buen rollo más que su vileza.

-En realidad, lo que quiero es pedirte un favor, José Luis -disimulaba-. Estamos formando un equipo de ajedrez para participar en competiciones y me gustaría contar contigo.

-Tendría que practicar un poco, porque estoy muy verde -reconocí sinceramente, aunque me halagaba el

hecho de que se hubiera acordado de mí.

-Sin problemas, la competición te servirá para practicar también.

Y me inscribió en el equipo.

Por fin llegó la tarde del sábado. Un amigo mío, Pablo, vino a buscarme para ir a la reunión de Auxilia, la primera que hacíamos después del verano. Tocaba planificación del curso, o sea, mucha discusión para no ponernos de acuerdo en nada. A mí estas reuniones cada vez me aburren más, tengo la sensación de que la mayoría va allí para tener un público al que contar su vida. Yo aprovecho, desde luego, para hacerme oír, casi siempre repito lo mismo y aquel sábado no fue distinto, aunque nunca consigo nada.

-Una publicación crítica, una revista nuestra, de ideas y de consignas. Basta de revistas cotorras y de mariconeo, impongamos nuestra autonomía y exijamos una financiación digna de nuestra autonomía... ¡Y basta de seguir soñando con la ONCE, joder!

Es lo que grito siempre, pero alguien me cortó hoy.

-No seas ingenuo, no podemos reclamar una vida independiente porque somos dependientes -le oí decir.

Y entonces fue cuando dije algo que llevaba mucho tiempo pensando:

-¿Pero es que quien compra el pan en la panadería, en vez de cocérselo él mismo, ese no es un poco inútil? ¿O el que pide al camarero que le sirva una caña, ese no es dependiente? ¿O el que compra su traje en Cortefiel o el que lleva su coche a reparar al taller, esos tampoco son dependientes? No hay vida independiente para nadie, o sea, todos, del rey abajo, todos somos parálíticos, unos más que otros, pero todos con alguna minusvalía, todos somos dependientes, todos necesita-

mos de otros, la sociedad existe por eso. ¿Quiere decir esto que porque no pueda haber una vida independiente para nadie, nadie puede tomar sus propias decisiones, ser independiente, autónomo? Por supuesto que, unos más, otros menos, todos los masválidos son independientes por más que dependan unos de otros, por más que no puedan llevar una vida independiente. Pues bien, para mí no pido nada distinto de lo que exige para sí cualquier ciudadano, exijo ser independiente. Sé que otro tendrá que amasar el pan para mí y que, además, me lo llevará a la boca porque yo no puedo hacerlo, sé que mi silla es mi coche y que otro tirará de ella como de los coches de todo cristo tira la gasolina, y sé también que otro hará mi ropa y que, además, me vestirá con ella, pero exijo ser independiente como lo exige cualquier ciudadano, exijo decidir yo sobre lo que quiero y no quiero hacer, exijo autonomía como cualquier hijo de vecino. Y, por supuesto, exijo medios materiales que hagan posible mi autonomía, ¡porque yo existo! Todo lo que no sea esto es caridad, es beneficencia, es mierda, es paternalismo. O sea.

Y no dije más, que ya era bastante.

Terminó la reunión, pero no habíamos decidido nada, como siempre. En Auxilia había mucho mamoneo, como en las pelis de Almodovar.

M^a Jesús, una compañera que la conoce, me preguntó por Manuela. Cuando le dije que no sabía nada de ella se extrañó y me dijo que tenía un esguince en un tobillo que la impedía salir de casa, y que no sabía más.

La noticia cambió mis planes Tenía un motivo para volver a llamarla y le pedí a Pablo que marcara su teléfono.

-Manuela tiene un pie mal y no puede ponerse -dijo su padre.

-Precisamente, quería saber de ella.

Al fin, conseguí oír de nuevo su voz y me dio un vuelco el corazón.

-¿Qué tal esa chica, Jose? -fue lo primero que le oí.

-¿Cómo estás tú? -pregunté.

-Coja.

-¿Podré verte?

-Tendrás que venir, no puedo moverme -esto era lo que yo deseaba oír.

-Mañana, ¿puedo?

-Tendrá que ser por la mañana. Tenemos comida familiar y no estás invitado.

No me importó su sequedad, quería verla y ya tenía cita. Le pedí a Pablo que, en vez de a Leganés, me llevase a dormir a casa de mis padres.

-Llamaron del CAMF, tenías que estar jugando al ajedrez -me dijo mi madre, al llegar a casa.

Era mi primera partida y se me había olvidado.

-Mañana voy a ver a Manuela, que está coja, por eso he venido a dormir con vosotros.

-¿Y quién te va a llevar?

-Carlos, supongo -Carlos es mi hermano pequeño.

-Él te dirá que no tiene dinero. Y habrá que ver si llega a tiempo del trasnocho para llevarte -estaba cabreada.

-Parece que te molesta verme -le dije.

-Me molesta que vayas a ver a Manuela. No quiero verte sufrir y veo que te va a tocar sufrir.

-Madre, ¿tú crees que algo me va a hacer sufrir más de lo que ya sufrí?

-En eso también tienes razón, hijo. Pero me preocu-

pas, porque hay sufrimientos para los que no estás preparado.

Cenamos, me acosté y le pedí a mi madre que me pusiese la tele para despejarme un poco, pues estaba muy excitado después de tanta movida durante la tarde.

A la mañana siguiente, cuando me desperté, mi hermano Carlos dormía en la cama de al lado. Le saludé y me pidió dinero para llevarme a ver a Manuela. Pero, en vez de levantarse, siguió durmiendo.

Vino mi madre a vestirme y volvió a despertarlo, pero Carlos tenía resaca.

-¡Quiero dormir! -gritó.

-Lo que tenías que hacer, en vez de gritar tanto, era bañar a tu hermano -dijo mi madre.

Cuando salíamos de la habitación fue mi padre el que se ofreció para bañarme.

-Yo lo haré, mujer, que todavía sirvo para eso.

Oír a mi padre y levantarse escopeteado, todo fue uno. Mientras mi hermano pequeño me bañaba, me preguntó por Manuela.

-Lo tuyo con esa tía no puede tener mucho futuro, Jose -me decía Carlos-, algo tiene que yo no acabo de ver claro.

-Es una tía legal -protesté.

-Es una estrecha y una meapilas, te lo digo yo, que algo sé de mujeres -hablaba y me frotaba la espalda con fuerza-. Además, que no se entera de nada, te lo digo yo, que todavía no se ha enterado de que hay que limpiarte el culo. Esa tía es un palo, te lo digo yo.

-Pues no digas más y rasca, que llegamos tarde.

-¿Y tú qué haces chapoteando? -protestó Carlos al comprender que no le estaba haciendo ningún caso.

-Buscando un pez, ya te vale.

-Esa tía no es tu tipo, te lo digo yo, no te conviene.

-Sabrás tú lo que me conviene, que me cobras hasta la gasolina.

-No te jode. Y si no lo hago, me tienes de chófer todos los días.

-Mi madre me dijo que me cobrabas porque no tenías dinero.

-No lo tengo para tus caprichos -se derrotó.

-Pues ahórrate consejos, hermano, que eres peor que la señorita, abusando -le había golpeado con mis palabras en todo el centro y Carlos se calló al fin.

Me secó con todo el esmero, me puso el pañal y me vistió. Estaba suave como una pluma. Desayunamos un poco y nos fuimos.

En la calle mi hermano ya se había olvidado del incidente. Su conciencia tampoco le maltrata, como a la inmensa mayoría de satisfechos.

-¿Y si está el padre de Manuela, qué hacemos? -me preguntó, mientras conducía.

-Hablas de él como si fuera un toro -me reí.

-Jose, lo tuyo con esa va a ser una faena, así que mejor será que aprendas a torear -respondió él.

Llegamos a Sainz de Baranda, me bajó del coche y buscamos el portal.

-Comienza el paseillo -dije.

-Pero tú eres el maestro, hermano, yo sólo pasaba por allí.

-Vaya mierda de peón de confianza -protesté.

-Tampoco te pases.

Habíamos subido en el ascensor y estábamos ante la puerta del piso de Manuela. Llamó una sola vez al timbre y abrió la madre. Fue muy cortés, nos invitó a pasar al salón y desapareció. Allí estaba Manuela, con la

pierna derecha sobre una silla, el tobillo fuertemente vendado. No se levantó.

-Te has atrevido a venir -exclamó al verme, pero sonreía.

-¿Me habías puesto en busca y captura?

-Poco faltó. ¿Queréis tomar algo?

Yo pedí un café, pero mi hermano aprovechó la pregunta para largarse, explicando unas prisas ficticias y que vendría a recogerme en dos horas, puesto que tendríamos que estar en el CAMF, en Leganés, antes de la una y media, para comer.

Acababa de salir mi hermano pequeño y asomó la jeta por el fondo el padre de Manuela. Me observó atentamente y se disculpó cuando su hija reparó en él.

-Perdón, no sabía que tenías visita -dijo y se largó también. Ni siquiera había entrado al salón.

En ese momento me empezó un dolor de tripa terrible, quise contenerme pero no pude y terminé haciéndomelo encima. La peste era atroz cuando entró la madre de Manuela con los cafés para su hija y para mí. Sin decir nada, abrió la puerta de la terraza y la ventana. Y se fue, dejándonos en medio de la corriente.

-¿Qué tal tu pie? -pregunté, una vez que me dio el café.

-Muy bien, en unos días estaré curada.

Manuela no estaba muy habladora precisamente y a mí me estaba cortando.

-Yo me alegro de verte, Manuela, pero tú parece que no estás cómoda. Si quieres, no vuelvo a venir -dije al fin, pues estaba cabreándome su actitud.

-Al contrario, me alegro mucho de verte, tu imagen siempre me enseña algo.

-Hay cuadros de enanos colgados en el Museo del

Prado con más mérito que yo.

-Por favor, Jose, tú sabes de qué hablo -se disculpó.

Volvió en ese momento la madre y, sin decir ni una palabra, cerró la terraza. Así no entraba tanto fresco y se lo agradecí.

-Gracias, señora, es usted muy amable.

-Perdón -dijo ella, y se largó otra vez.

-¿Vendrías a Polonia este invierno conmigo? -me propuso de súbito Manuela- Recordarás que ya te lo había pedido una vez

De sobra me acordaba. Esta nueva propuesta lo cambiaba todo y me llenaba de esperanza. A partir de aquel momento el tiempo voló.

Y seguíamos hablando cuando llamó al timbre mi hermano. Las dos horas se habían pasado en un pis pas.

-Te recuerdo lo del pasaporte, o tendremos que ir en autobús, ¡y son dos días de carretera! -insistió Manuela, al despedirnos.

Ella no se levantó del sofá. Tampoco salió nadie a acompañarnos hasta la puerta. Mi hermano abrió y nos fuimos sin más.

-Adios a todos -gritó Carlos, cabreado, ya en la calle-. ¿Cómo fue la faena? -tenía interés en saberlo.

-Ya has oído, nos vamos a Polonia -le informé.

-¿Te vas con ese palo? -protestaba mi hermano- Pero si es una estirada, si no hay más que verla, si no se entera.

Pero yo estaba contento y ni siquiera le escuchaba.

Mañana sin falta tendría que hablar con la asistente social para sacarme el pasaporte.

Me dio de comer Lorenzo, y eso se agradece, oye.

-Ayer nos jodiste con el ajedrez -me recordó-, ¿dón-

de te habías metido?

-Tuve una reunión. Luis no me dijo que comenzábamos a jugar ayer, se lo hubiera advertido.

-Pues nos dieron por perdida la partida, ya ves, ¡comenzamos bien!

-Y peor que iremos, yo juego fatal.

-Tranquilo, que esta semana estoy de tardes y vamos a entrenar a tope, hasta que cojas buen nivel -ya os decía que Lorenzo es un tipo legal, no mira mucho lo que dice el convenio para su categoría laboral. O sea, que sabe lo que hace.

Cuando terminamos de comer, Lorenzo me subió a la habitación, me quitó el pañal, me lavó bien y me cambió. Me dejó como nuevo.

No dormí bien aquella noche, pensando en lo del viaje. Y a la mañana siguiente me levanté muy nervioso. Después de desayunar, le pedía a la cuidadora que me llevase a ver a la asistente social, pero era muy mala hora y tuve que esperar un rato. La asistente era quien me tenía que mover lo del pasaporte.

-Me traes las fotos. Se lo explicas al responsable y que se encargue -esto me dijo-. De todo lo demás me encargo yo, pero poco podré adelantar sin ellas.

El responsable esta mañana era Antonio y no me apetecía nada explicarle a él la movida. Lo dejé para cuando apareciese Luis, que no podía tardar.

Cuando volví a la cafetería ya todo el mudo sabía lo de Polonia también. Y durante una temporada me llamaron polaco, como si fuera un culé.

-Te envidio. A mí también me gustaría viajar con el Papa -me dijo una compañera, no sé si aquella mañana o la siguiente.

-Oye, que yo viajo con una amiga -aclaré.

-Es un viaje de fe -insistía ella.

-Si prefieres llamarlo así, compañera, allá tú. Pero yo sólo quiero mojar, para eso viajo.

-¿Es que tú no crees, Jose? Mira que con Cristo resucitamos a otra vida.

-Yo con esta vida ya tuve bastante. No quiero más, aunque tampoco menos.

-¿Pero es que no crees en la resurrección?

-Escúchame lo que te digo, coño, cotorra. Yo creo en lo mismo que creían los discípulos de Emaús cuando volvían a Galilea, cuando volvían al lugar de la lucha. Yo creo en lo mismo que los discípulos que volvían a echar las redes y en lo mismo que los otros, los que gritaban que su vida era más fuerte que la muerte con que les amenazaban los sacerdotes y el poder. En eso creo yo, tía, en la vida y en la alegría que produce la lucha por la vida.

-Entonces, ¿por qué te has enamorado de una creyente?

-Me he enamorado de una tía que me mira, que no retira de mí su mirada, eso es. Ella no hace lo que tú -se lo dije así, pero, oyéndome, no estaba tan seguro de que Manuela fuera distinta de ella o tuviera otros ojos.

Había escuchado la conversación Ángel, un compañero que no puede hablar. Con el dedo fue indicando las letras en el abecedario que colgaba de su cuello para decirme que él también creía únicamente en los que vuelven a Galilea, en los que vuelven siempre al lugar de la lucha y no desfallecen después de las derrotas.

-Ángel, menos mal que tú me entiendes, te invito a un café -y nos tomamos otro.

Durante la tarde del lunes me estuvo metiendo caña

Lorenzo con el ajedrez y terminé con dolor de cabeza. Durante la mañana del martes jugué con Félix una partida de dominó, que hacía un verano desde la última y me gané alguna bronca. Perdimos, que ya es raro. Por la tarde volvió Lorenzo a machacarme con el ajedrez y, a la mañana siguiente, Liberto organizó la revancha al dominó. Félix y yo contra Liberto y toda la residencia, porque Liberto cambia de pareja si pierde y ahora le tocaba palmar, como siempre. Félix le tiene quemado.

-Liberto, cada vez juegas peor. Antes necesitaba un manchego de pareja para ganarte, pero ahora me sobra con un polaco -decía.

-A tu polaco es que se le aparece la virgen, tiene más potra que un rico -se desesperaba, el hombre.

Aquella tarde tampoco me acordé de buscar a Luis, ni la siguiente. O sea, cuando llamó Manuela, a la semana siguiente, preguntando por mi pasaporte, aún no estaban las fotos, se me había olvidado completamente.

-El juego, Manuela, que es un vicio -me disculpé.

-Pues podríamos tener problemas para pillar plaza de avión. Y, en autobús, son dos días de carretera.

El responsable también era Antonio aquel día y a él tuve que pedirle las fotos. No quería olvidarme otra vez, esperando a Luis, aunque sabía que tardaría lo que le diese la gana. Menos mal que, a estas alturas de la película, ya no tuve que explicarle nada, pues todo cristo sabía más que de sobra lo de mi viaje.

Cuando vi a Luis, al día siguiente, no conseguí sino ganarme una bronca.

-No podré hacer nada con lo de tus fotos, ¿no querás que me enfrente a un compañero por tu despiste?

Las fotos estarían cuando Antonio lo tuviese a bien.

Pasó un tiempo hasta que Manuela pudo andar y ve-

nir a verme. Mucho más de otra semana, desde luego. Nos fuimos a Parque Sur, a tomar un café.

Yo quería hablar de lo nuestro, aclararme sobre sus sentimientos, puesto que los míos los tenía muy claros, al menos hasta aquí.

-Vayamos a Polonia -me dijo ella, dando largas-, tengo puestas muchas esperanzas en ese viaje.

-Lo único que vamos a encontrar allí será menos luz, menos sol.

-Yo tengo fe -protestó.

-Yo tengo corazón -repliqué, no me iba a callar.

-¿Piensas, acaso, que yo no tengo? Mi corazón ha renunciado a los caprichos, sin embargo -hablaba con un deje de reproche no exento de gracia, aunque maldita la que me hacía, claro.

-Pues si algo somos de tu dios, es su capricho -yo estaba aprendiendo a no callarme.

-Lo dices porque no tienes fe.

Me devolvió al CAMF y quedamos para otro día.

Una mañana me llamaron por megafonía de recepción. Ya estaba allí mi pasaporte. Inmediatamente, telefoneé a Manuela.

-Las reservas de avión hace días que estaban agotadas y lo he preparado todo para ir en autobús. Espero que lo soportes -me informó.

-En guerras más feroces me han partido la cara, pequeña -fanfarroneé yo- ¿Para cuándo será?

-Por Navidad -me contestó-. Cuando sepa la fecha exacta, te lo digo.

-Menos mal, no queda mucho.

No hablamos más. Necesitaba un café, pero la cuidadora que me tocó era borde de reglamento y no le dio la gana atenderme.

-Ya tomaste uno esta mañana -en su libro venía muy clarito hasta el número de cafés que yo me he de tomar.

En la cafetería estaba la mujer de Liberto y le pedí que, por favor, me ayudara. Otras veces ya me había dado el café.

-Polaco, me tendrás que pagar -puso de condición-. Tienes más dinero que yo, así que reparte. Serán mil.

-Hecho, pero por los cafés de todo el mes.

-No, guapo, mil pelas por cada uno que te dé -era un alma caritativa, como veis.

Pero sólo se había equivocado al afirmar que yo tenía más pasta que ella. En todo lo demás había que darle la razón, que nadie trabaja por nada.

Pero me vio Félix darle las mil pelas y me echó la bronca. El no entiende de tarifas salariales.

-Tú eres gilipollas -me abroncó-, no me explico cómo permites que abusen de ti.

-No lo entiendes porque tienes manos -le expliqué-. Además, tú sólo tomas café cuando te invitan -y nos fuimos a echar una partida.

Al dominó ganaba siempre, con Félix, pero al ajedrez todavía no había conseguido ganar ni una partida, a pesar de los esfuerzos de Lorenzo. En un juego muy estúpido el ajedrez, si bien se mira: ¿quién tiene tiempo hoy para defender a un rey?

A mediados de diciembre supe, por fin, la fecha de partida. Saldríamos para Varsovia el día veintisiete y estaríamos allí durante la nochevieja. Me fui en Navidades con mi familia y Manuela me prometió pasarse el día veinticuatro por casa para felicitarnos la nochebuena a todos y, sobre todo, para preparar mi maleta, pues sabía lo que yo necesitaría mejor que mi madre.

Cuando mi padre vino por mí al CAMF, me di cuenta de que ya casi no podía conmigo, no podía ni meterme en el coche. Para siempre tendré que vivir en una residencia, pensé, si me faltan sus brazos.

-¿Es verdad que te vas a Polonia? -me preguntó mi sobrino nada más llegar a casa, pues ya estaban allí todos preparando la cena.

-Sí -afirmé yo-, con la tía Manuela.

-¿Pero has vuelto a beber? -se enfadó mi madre-
¿Cómo se te ocurre decirle eso al niño?

-¿Pero cómo se dice? -pregunté yo.

-Dile la verdad, que vas a rezar.

-¡Y una mierda! -grité, guiñándole el ojo a mi sobrino, que ya no se separó de mí en toda la noche.

Nadie más volvió a sacar el tema del viaje, con lo cual yo pasé una buena noche. Cuando llegó Manuela, nos limitamos a ultimar los preparativos pues, en realidad, mi madre ya tenía la bolsa hecha. Manuela lo revisó todo y sacó muchas cosas que sobraban.

-¿No pasará frío? -mi madre estaba preocupada.

-Lleva suficiente ropa -insistió Manuela-. Si algo necesitamos, también lo podemos comprar allí.

Cuando terminamos y todo quedó listo, Manuela comió un poco de turrón y se fue a cenar con sus padres.

En casa es obligado el besugo al horno desde tiempo inmemorial para la nochebuena. Todo lo demás cambia, el piso, pues nos hemos movido varias veces, la mantelería, los invitados que se van añadiendo, los pralines que sustituyen al turrón, pero el besugo permanece.

Mi madre se encarga de quitar de mi plato las espinas. También lo ha hecho siempre y no se fía de nadie.

Eso sí, ya no recuerdo cuándo sería la última vez que comí con todos. Ahora me dan de comer el primero, bien mi madre, bien uno de mis dos hermanos, para poder ellos sentarse todos juntos.

O sea, que los preparativos de la fiesta, muy excitantes. Pero llega un momento en que yo estoy deseando que me lleven a la cama, es el momento en que hasta mi sobrino se ha olvidado de mí.

A la mañana siguiente mi madre me despertó con un chocolate calentito. Mi hermano pequeño, Carlos, también se despertó, protestando.

-Vieja, me lo podías traer a mí también -dijo.

-Te lo traigo, pero dale el suyo a Jose o terminará comiéndoselo el último, como siempre -dijo la vieja.

Cuando volvió con el chocolate para Carlos, traía más disposiciones.

-Cuando terminéis, le bañas a Jose, que yo tengo mucha tarea en la cocina.

-¿Y por qué no lo hace el hermano? -Carlos vuelve a protestar.

-Tu hermano tiene que recoger el comedor y estar pendiente del niño -había dormido con toda su familia en los sofás del salón y todavía ni se habían levantado-. Y Carmen me va a ayudar en la cocina. Hoy comemos cordero, lo que más le gusta a Jose.

Como el besugo, el cordero tampoco puede faltar, es más fijo que mis pañales.

-¡Feliz Navidad! -oí gritar en el pasillo a mi hermano, el mayor.

-¿Y padre? -pregunté a mi madre.

-Aún sigue durmiendo, cada día está más viejo, el pobre -contestó sin acritud.

Y volví a sentir lo mismo que ayer, que mi familia, lo único que tengo, se estaba acabando.

Carlos me dejó en la bañera un buen rato y eso me relaja muchísimo, yo debo de ser agua o, como poco, pez. Y la mañana se me pasó volando.

Le pedí a mi madre que me diese de comer antes que a todos, porque si lo tiene que decidir ella se irrita, le cambia el humor.

-Es mejor así -le digo, aunque lo que estoy deseando es todo lo contrario-, y tú podrás sentarte con ellos un ratito.

Y comí cordero y vinieron visitas y algunos me dieron propinas para el viaje y se largaron todos y otra vez yo estaba en la cama. Pensando, no precisamente en el viaje, sino en Manuela.

A la mañana siguiente me levanté muy tarde. Era la víspera de la gran aventura y tenía que estar descansado. Mi padre me cambió el pañal al mediodía. También me acosté temprano. Hubiera preferido otra cosa, una juerga de despedida con los amigos, por ejemplo, como haría cualquier aventurero antes de iniciar un nuevo reto, pero hay que ser realistas, yo no soy cualquier aventurero.

Amaneció el gran día y mi padre me despertó de madrugada para lavarme y vestirme. Mientras, mi madre terminaba el equipaje.

Llegamos a la estación antes que Manuela. Pronto la vimos aparecer, pero ella venía sola. Sus padres, en el mejor de los casos, habían preferido seguir durmiendo.

-Si queréis, podéis iros ya -dispuso Manuela-, vuestra misión ha terminado. A partir de ahora, de Jose me encargaré yo -sonaban muy bien estos conceptos en

sus labios.

Observé, con ese sexto sentido que tenemos los enanos para reconocernos en público, que en el autocar íbamos pocos minus, menos mal. Y viajaba una cuidadora con nosotros, Encarna, para atendernos.

Cuando se fueron mis padres, Manuela me subió al autocar, me transfirió en brazos de mi silla al asiento que me correspondía y me ató con el cinturón de seguridad. Bajó la silla después, recogió los bultos que había dejado en el suelo y volvió a subir. Yo la observaba hacer desde mi ventanilla. En muy poco tiempo, emprendimos el viaje.

El compañero de la derecha, del otro lado del pasillo, nos preguntó si éramos hermanos. Otra vez nos confundían, como le ocurrió al putaño. O es que nos parecemos o, lo que parece más probable, entre los materiales simbólicos que maneja el personal no entra el del minusválido acompañado de una amiga.

-Somos novios -contestó sin embargo Manuela y, por la cara que puso el otro, no cambiarán sus representaciones ni habiendo metido el dedo en la llaga.

-Hombres de poca fe -grité yo, por si alguien me entendía.

A Manuela no le gustó mucho mi ocurrencia.

-Un respeto, Jose, que son compañeros y el viaje va a ser largo -me advirtió, sin ni siquiera una sonrisa.

Me hice el propósito de morderme la lengua y no abrí el pico en mucho rato.

En la primera parada, Manuela y yo comimos dentro del autocar. Después, bajó por los cafés.

-¿Cómo llevas el pañal? -me preguntó, después de que tomásemos el café.

-Bastante mojado.

Llamó a Encarna, que me cambió allí mismo, en un pis pas.

Reanudamos el viaje y Manuela se durmió en el asiento. En un momento, reclinó su cabeza sobre mi hombro y así estuvo durante dos horas, si no más. Durante aquellas horas no se me movió ni un músculo, no tuve ni un espasmo, su cabeza en mi hombro fue mi valium. Yo servía para algo.

Cuando, por fin, se despertó, estábamos en Francia.

-Se acabó el café, no tenemos otra moneda que pesetas -me informó.

No me importaba. Esperaría a que volviese a dormirse, su cabeza sobre mi hombro sería también mi café, aunque hubo de llegar la noche para que ocurriese otra vez.

También paramos para cenar y también nosotros dos lo hicimos en el autocar. Después ella bajo al servicio y volvió con Encarna pasado un rato.

-No me gusta dejarte solo -se disculpó al volver- ¿Cómo está ese pañal?

-Mojado.

-Pues vamos a cambiarlo -dijo Encarna y se dispuso a hacerlo.

Reanudamos el viaje y Manuela volvió a dormirse. Y volvió a recostarse sobre mí y ya no me moví ni tuve convulsiones hasta que amanecimos en Alemania, en la República Federal. Me sobresaltaron unas luces y mi espástica despertó a Manuela. Era un peaje de autopista, pero la luz del sol se adivinaba en el horizonte de la marcha.

Cuando llegamos a la frontera con Alemania del Este, mientras esperábamos en la cola de los autobuses para pasar la frontera, todo el mundo aprovechó para

almorzar y estirar las piernas. Alguien nos ofrecía té.

-¿Quieres? -me preguntó Manuela.

-Preferiría café -le recordé sinceramente.

-Eso nadie nos lo ofrece -puntualizó ella. Y nos tomamos el té, qué remedio.

Ya en la República Democrática paramos para comer. Otro bocadillo. Estaba deseando llegar y casi ni comí, pero Manuela tenía mucho hambre.

-Que aproveche -le deseé cuando se bajó del autocar para terminar su bocata.

Estuvimos parados media hora. Ya no tardamos mucho en llegar a Polonia. Pasábamos pueblos muy pequeños que me hicieron acordarme de Beatriz, pero disimulé como pude.

-Pareces muy cansado -comentó Manuela-, ya falta poco.

En realidad, me estaba poniendo muy triste.

La llegada fue un desbarajuste, cada uno iba a estar hospedado en un punto distinto de la ciudad y Varsovia no es pequeña.

Mientras Manuela buscaba el taxi, yo me encargué de vigilar los equipajes. Ni que decir tiene que el taxista no la entendía. Menos mal que ella llevaba las señas escritas en un papel, como hago yo siempre, por cierto, y dimos con el lugar.

Aquello era un colegio o algo parecido, un seminario, no sé. En algún punto del viaje dejaron de interesarme ciertas cosas y cerré los ojos. Dos catalanes, Miguel y Jordi, que eran vecinos, se encargaron de ducharme y Encarna terminó de secarme, me puso el pañal y me vistió.

En el comedor todo estaba dispuesto, una loncha de jamón de york y un bollo en cada plato. Se me había

quitado el apetito, me disculpé y me acosté.

A la mañana siguiente oí desde mi cama como se levantaban todos. Manuela y Encarna volvían de misa cuando vinieron a levantarme.

-Oí cuando os fuisteis -dije.

-Imaginé que estarías muy cansado y no quise despertarte -se disculpó Manuela.

Desde el primer momento tuve la sensación de estar fuera de sitio en Polonia. No me encontraba a gusto en las conferencias ni en los coloquios ni, por las tardes, en los ratos en que nos juntábamos para intercambiar impresiones. Manuela estaba muy excitada, hablando con unos y con otros, pero yo estaba muy solo.

Para colmo, algo me sentó mal y tuve una diarrea de espanto que me descolocó del todo. Llegó un punto en que estaba realmente cabreado. Hasta que, por fin, pedí la palabra en un coloquio. Manuela se alegró.

-Pensé que no lo ibas a hacer nunca -me dijo antes de comenzar a traducir mis palabras, ingenua.

Estaban hablando de la Encarnación de Jesús y había algo en sus discursos que no se me alcanzaba.

-En una ocasión, cierta prostituta me dijo que mis ojos eran los ojos de dios -comencé diciendo, y a Manuela parecía fallarle la voz al interpretarme, incluso percibí cierto malestar en los que escuchaban, lo cual me cabreó todavía más-. Espero que a nadie de los aquí presentes les escandalice una prostituta, sea cual sea el trozo de evangelio que se comente. La he citado porque tengo la incómoda sensación de que nadie me ha mirado estos días como ella lo hizo. Habláis de Encarnación, pero por los rotos de vuestro discurso yo creo que se os escapa la vida toda. Dios no pudo hacerse hombre para darse una vuelta, a mí no me interesan los

dioses que hacen turismo, ni siquiera turismo masoca. Si hacerse hombre tiene algún sentido es el de aprender a vivir. Encarnarse tiene que ser eso, aprender a ser hombre por fin, aprender a ser dios del todo. Es más, hoy por hoy, yo creo que el dios que se encarna nace ateo cada vez que se encarna, Jesús no puede creer en el dios del Vaticano. El único dios que puede existir es el hombre enfrentado a todo lo que le esclaviza, incluidas las iglesias. Y sólo este hombre sabe mirar a su semejante. Para aquella prostituta, por mis ojos miraba dios. Y lo afirmaba así porque me miraba a mí. La diferencia entre lo que veía ella y lo que veis vosotros, sospecho, es la misma que hay entre los ojos que ven y los ojos que están cerrados, o peor, entre los que miran de frente y los que miran para otro lado, que es la sensación que yo tengo desde que llegué aquí, que nadie me ve. O será que no existo. No sé, pero estoy casi seguro de que alguien tiene aquí los ojos cerrados y se va a perder la Epifanía.

Como era de esperar, el que me siguió en el uso de la palabra habló de otra cosa. Nadie se dignó contestarme siquiera. Y yo me dormí. Dormí muy tranquilo y me desperté sin ninguna mala conciencia, cuando el coloquio ya había terminado.

Cuando volvimos a la residencia, Encarna estaba esperándonos.

-¿Necesitas cambiarte? -me preguntó.

-Creo que sí -Encarna sí me miraba, menos mal.

Algunas sensaciones agradables de aquellos días fueron un potaje de judías, que estaba muy rico, y la visita a una sinagoga, por invitación de un judío que se llamaba Israel, para celebrar el Sabat. Coincidió con la nochevieja y no eché de menos mi consuetudinaria so-

ledad en fecha tan señalada. Manuela sí parecía echar de menos algo, sin embargo.

El día de añonuevo, alguien nos había invitado a comer. Era una especie de comida de despedida, todos en torno a una mesa de nogal muy larga. Yo estaba muy cansado. Al día siguiente volvíamos para España, pero nos acostamos muy tarde. A la comida había seguido una fiesta y Manuela había bailado mucho.

El viaje de vuelta fue un suplicio para mí. Me empezaron a doler los testículos, jamás me había pasado una cosa así. Es más, ni sospechaba entonces a qué se podía deber semejante afección, y comencé a preocuparme. Era lo último que me podía pasar en el viaje.

Cuando, días más tarde, averigüé la causa de mis dolores, se me quitó un gran peso de encima. Fue Félix quien me abrió los ojos.

-¿Follaste? -fue lo primero que me preguntó.

-Ni flores -le contesté sinceramente.

-¿Estuviste muchas veces empalmado? -insistió.

-¡A todas horas! No ves que iba con ella.

-¿Y no te hacías pajas? -fue un interrogatorio muy meticuloso.

-No. No quería que Manuela fuera a enterarse.

-Pues no me digas más: congestión testicular, constipación de huevos, hablando en plata. ¿A que, después de masturbarte tranquilamente, no se ha vuelto a repetir el episodio?

Tenía razón Félix, no he vuelto a padecerlo, él me desveló el misterio.

Pero aquel día, en el autocar, llegué a asustarme de veras. Lo peor de todo era que no podía decirle a Manuela que me dolían mis partes. Ni a Encarna, porque se lo soltaría a la otra con toda seguridad.

Le pedía a Manuela que me subiese en el asiento y el cambio de postura me aliviaba un poco. Pero el dolor me ponía espástico y tampoco ella iba cómoda en su asiento. Cuando me dormía, se me pasaba el dolor, pero al despertar me volvía otra vez.

Al salir de la República Democrática nos paramos a comer y Manuela me preguntó si quería té.

-Si no hay más remedio -contesté.

Bajó del autocar y, al rato, subió muy contenta.

-Mira lo que te traigo -dijo, mostrándome la botella.

Era café. Aquel café me dio la vida.

Pero reanudamos el viaje y volvió el dolor. Le pedí a Manuela que recostase mi asiento un poco más y volví a dormirme. Aún le oí decir a Encarna, preocupada, que teníamos que haber hecho el viaje en avión.

-A Jose no le llegó el pasaporte a tiempo para hacer las reservas -se disculpaba Manuela.

Me dormí maldiciendo mi descuido de aquellos días.

En la siguiente parada Manuela volvió a conseguir café para mí. Durante la noche fue remitiendo el dolor hasta desaparecer. Por fin, ella pudo dormir un poco.

Habíamos pasado ocho días juntos y no habíamos hablado de nada en absoluto, de nada importante. Ya estábamos en España y pronto terminaría el viaje.

-¿Qué pasa con lo nuestro, Manuela? -pregunté yo en un momento de aquella última mañana.

-No te entiendo, Jose -me contestó-, no comprendo tu orgullo. ¿Cómo es posible que no admitas que dios es tu salvación?

-Yo soy mi salvación, Manuela, y tú puedes serlo también. No creo en otro dios que en mí. Y en ti y en todos los que me aceptan como soy.

-Eso es soberbia, Jose -replicó ella.

-Si tú entendieses a Jesús comprenderías hasta qué punto su vida está llena de soberbia y su mensaje también, fue una vida de rebelde y un mensaje de lucha. A Jesús tampoco le gustaba este mundo ni los dioses que vende este mundo.

-Pero si tú tampoco crees en Jesús.

-Después de Jesús, sólo cabe creer en el hombre, y yo creo en el hombre. Todo lo que no es el hombre y este mundo que ves, son ídolos.

-Tu sufres mucho, Jose, y con tu dolor puedes salvar muchas almas, pero no aceptas tu dolor.

-Lo que yo soy no me hace sufrir, Manuela. Me hacen sufrir los que no me miran y los que, mirándome, no me ven. Tú me haces sufrir. No sufro por lo que soy, sufro por lo que no me dejan ser, por lo que no me dejan hacer, por lo que es mío y me quitan. Sufro por lo mismo que cualquier hombre que no es dueño de su destino, como cualquier hombre que no es libre, que tiene que trabajar para otro, como cualquier esclavo o como cualquier hombre que se enfrenta al poder, a la injusticia, sufro como cualquiera, pero no más que cualquiera, ni siquiera el que más.

-Dios te salvaría.

-No hay dios que nos salve, Manuela, sólo estamos tú y yo. Y con nosotros, muchos.

Yo me explicaba, pero ella no me entendía. O no podía o no quería entenderme. En cualquier caso, estaba en su derecho a hacerlo, no le reprochaba nada.

Llegamos a Madrid. Mis padres me esperaban y me dijeron que tenía que volver al CAMF porque mi sobrino ocupaba mi cama, pues se había quedado con ellos a pasar las fiestas.

Cuando me despedí de Manuela, ella me prometió que pronto vendría a verme. Yo la creí, pero sabía que las cosas entre nosotros no iban nada bien. Estaba muy cansado.

Recuerdo que dormí mucho los días siguientes y que ella no venía. Pasó Reyes y pasaron varios domingos. Se presentó a finales de enero. Estaba muy guapa y muy triste.

-He estado muy ocupada -fue todo lo que alcanzó a decirme, como disculpa.

-Lo que más siento -le contesté yo-, es que mi presencia te entristezca, Manuela.

-No digas tonterías -protestó-. Lo cierto es que no compartes mi fe, Jose, y dios es mi esfuerzo.

-Yo creo en la alegría, Manuela, y te juro que también me cuesta un gran esfuerzo creer. Cuando la luz del sol no me alegre al despertarme, ese día me moriré de tristeza.

En febrero también vino a verme y casi no hablamos. Cuando volvió en marzo fue para decirme que lo nuestro no podía seguir.

-Tenemos que dejarlo -dijo, casi llorando.

Yo me lo esperaba, pero me quedé mudo, no acertaba a articular palabra, ni bien ni mal.

-Di algo, no te quedes así -exigía ella.

-¿Pero, por qué? -acerté a preguntar.

-Son mis padres, para ellos no tiene sentido esta situación y me obligan a que deje de verte.

Me sonaba a excusa y se lo dije.

-Poca fuerza tiene tu fe si abandonas el amor por lo que es del Cesar -protesté.

Estaba confusa, pero determinada a dejarme. Y yo me estaba llenando de rabia porque entendía lo que

ocurría mejor incluso que ella misma. Había creído en ella, había confiado, pero también me fallaba. En aquel momento tenía la sensación de ser una mierda. Y estaba deseando que se fuera porque mi rabia iba a estallar de un momento a otro y no quería que estuviera presente. Hablábamos en el hall de la residencia.

-Adiós, Jose -se fue al fin, derrotada.

Pero a mí también me dejaba derrotado, que no por temido es menos doloroso el dolor cuando llega. Volvía a estar sin nada más en esta silla de ruedas. Tenía ganas de tirarme al suelo, tal era mi rabia y mi impotencia.

Estaba muy nervioso y no cené. Cuando me acostaron y, por fin, me quedé solo, comencé a llorar. Pero llorar no me hacía bien. Terminé cayéndome de la cama. El suelo estaba muy frío y los cuidadores tardaron más de una hora en pasar a verme. Volvieron a acostarme, pero no pude dormir en toda la noche.

A la mañana siguiente vino Lorenzo a levantarme. Menos mal, porque a él no tuve que darle explicaciones de mi excitación.

Después del desayuno, también vino Luis, el responsable, a hablar conmigo.

-Estás un poco alterado -comentó-, espero que no te haya pasado nada irreparable.

-Es la primavera -contesté. No quería dar explicaciones.

Pasé unos días fatal. Había olvidado la alegría y, de pronto, el mundo volvía a dibujárase un poco más sucio y un poco más ajeno.

Pero llegó abril y la Semana Santa. Hasta en una residencia de minusválidos se percibe la excitación que producen los puentes en el personal, la fuga de este

mundo y las caravanas en las autovías, a saber hacia qué imposibles paraísos.

El Jueves Santo, a media tarde, eran exactamente las cinco menos cuarto y comenzábamos una partida de dominó Félix y yo contra Liberto y Rafi, su último refuerzo, cuando me avisaron de que tenía una llamada. Una cuidadora me acercó al teléfono.

-¿José Luis? -preguntó una voz que no reconocí.

-Soy yo, ¿pero tú quién eres? -respondí.

No me entendía y le tuve que pedir a la cuidadora que averiguase quién era el tipo aquel.

-Dice que es el primo de Beatriz.

Aquello me puso muy nervioso.

-Dile que me explique el motivo de su llamada, que yo le escucho -ordené a la cuidadora.

Así lo hizo ella y lo que oí me paralizó por completo, creí que me ahogaba.

-Beatriz ha tenido un niño y ha dejado firmado que tú eres el padre de su hijo.

Retiré el oído del teléfono, no podía oír aquello, no me lo podía creer. La cuidadora continuó la conversación.

-Cuéntame lo que le tengas que decir a José Luis, soy su cuidadora -oí que ordenaba ella.

Escuchó durante un buen rato. Y luego le pidió al primo un teléfono de contacto y colgó.

-Jose -me dijo al fin-, en la incubadora del hospital de San Pedro de Alcántara, en Cáceres, te espera un hijo. Su madre ha muerto esta mañana en el postparto, por una estupidez. Se llama Beatriz.

No conseguía asimilar tanta información de una vez y me rayé. De pronto me parecía que tenía un hijo y de pronto que me había muerto. De pronto había muerto

Beatriz y yo me moría también. Mi hijo nacía al fin y yo volvía a nacer, pero de pronto todo desaparecía, hasta yo mismo. Y Beatriz había muerto, había muerto, había muerto. Me había rayado.

Di un grito que alarmó a todo el centro, me salió de las tripas, un grito interminable, salvaje, un grito que no era de alegría. Por fin, comencé a entender lo que me estaba pasando y lo que le pasaba a Beatriz y que nuestro hijo estaba en una incubadora.

-¿Pero dónde? -pregunté asustado.

-En Cáceres -contestó la cuidadora, como si estuviese leyendo mis pensamientos. O quizá yo pensaba en voz alta.

Beatriz había muerto y había dejado firmado que yo era el padre de su hijo. ¿Qué significaban estas palabras?

En unos minutos conseguí tranquilizarme. Ahora ya lo tenía todo procesado. Y lo primero que hice fue llamar a Manuela. Aquel niño también era suyo. Yo había ido a Alcuescar en busca de algo que poder ofrecerle y que ella, al fin, ha rechazado. Este hijo era la consecuencia no buscada de un examen que, si no ella, yo mismo me exigía para ganármela. Manuela tenía que saberlo. Al menos, tenía que saberlo.

Le pedía a la cuidadora que marcara su número.

-Manuela, tengo una noticia que darte...

No me dejó decir más. Había colgado.

Volvimos a marcar y tardó en coger el teléfono.

-¿Por qué me llamas, Jose? No quiero saber de ti.

-En el hospital de Cáceres me espera un niño que es hijo mío y mañana voy a recogerlo -le informé muy tranquilo.

-¿Y me dices esto a mí? ¿Qué tengo yo que ver con

ello? -el tono de su voz era de inquietud más que de rechazo.

No encontraba las palabras para explicárselo. Lo tenía muy claro en mi cabeza, pero su tono me impedía buscar las palabras.

-Tendrás que contestarte tú esas preguntas -le dije, y esperé una explicación.

Pero volvió a colgar. Ahora ya lo sabía y no volví a insistir. Me hice el propósito de no llamarla jamás.

A continuación, llamé a casa y se puso mi madre.

-¿Te pasa algo? ¿Querías algo? -me decía por el auricular.

Yo no sabía qué decirle. Al fin, acerté a preguntar por Carlos.

-¿Para qué le quieres? -preguntó mi madre.

-Es asunto mío. Dile que quiero hablar con él, que le necesito.

Al fin accedió y oí como le pasaba el teléfono.

-¿No me querrás para que te saque a ver procesiones? A eso me niego, me asustan los nazarenos y los guardias civiles que escoltan al Cristo.

-Es para que me lleves mañana a Cáceres.

-¿Otra vez quieres ir a Cáceres? ¿Y ahora qué se te ha perdido allí?

-Me lo he encontrado. Tengo un hijo esperándome en el hospital -le dije, muy nervioso.

-¡La madre que te parió! Repíteme eso, despacio -le oía a mi hermano y oía también a mi madre, que preguntaba.

-Que tengo un hijo, Carlos -me puse a gritar-, que tengo un hijo, que tengo un hijo que recoger en la incubadora, me está esperando.

Cogió el teléfono mi madre.

-¿Pero qué dices, hijo? ¿No te habrás vuelto loco?
¿No será de esa pelandusca de este verano?

-Esa pelandusca está muerta, ha muerto en el parto.

-Perdona, hijo, ¿pero cómo sabes tú que es tu hijo?

-Porque ella lo dijo y yo la creo -grité a mi madre, que he aprendido que cuando gritas es como si tus palabras fuesen más verdad-. Y dile a Carlos que mañana temprano salimos para el hospital. Y le das veinticinco mil pelas, para los papeles.

-Pero, hijo, ¿pero tú sabes lo que estás diciendo?

-Perfectamente, madre. ¿Cómo quieres que se llame tu nieto? -no me contestaba, no se lo creía.

-Ese dinero lo saco de tu cartilla, yo no te doy dinero para que lo gastes en mujeres -ahora la que estaba rayando era ella.

-Por favor, que se ponga Carlos -le pedí.

Y con Carlos fijé la hora para salir al día siguiente, Viernes Santo.

¿A quién más tendría que llamar? No se me ocurría nadie, la agenda de un minus es muy breve. De pronto me acordé del primo y volvimos a llamarle.

-Fue una hemorragia -me explicó-, estaba dormida y no se enteró de nada. Cuando se quisieron dar cuenta, estaba tan debilitada que tuvo una parada y no lograron sacarla.

-¿Ella estaba contenta con el niño? -pregunté, no me atrevía a pronunciar su nombre.

-Muy bien, durante todo el embarazo estuvo trabajando con las monjas y se la veía muy contenta. A nadie había querido decir quién era el padre. Se lo dijo al doctor, para el certificado de nacimiento y por eso lo hemos sabido nosotros.

-¿Y el niño?

-Nació prematuro, un mes o así, parece ser, pero está muy bien.

A nadie más tenía que avisar. Me esperaba la noche más larga de mi vida.

Cuando pasé por cafetería para tomar un buen café, los compañeros ya estaban al corriente de todo. Yo no me había movido del teléfono y la cuidadora tampoco, pero entre cojos las noticias es que vuelan. Félix me dio, nada más verme, cinco mil pelas.

-Las vas a necesitar -me dijo.

Y Liberto me dio otras tantas y su mujer me devolvió las mil que me había cobrado por el último café. Pronto se hizo una colecta entre los compañeros. Ellos sí se lo creían, sin habérmelo oído decir siquiera. Cuando terminé el café, habían reunido unas cincuenta mil.

-Son para tu hijo, Jose, no te las gastes en café -esa era la condición que me ponían.

No quería cenar, necesitaba estar solo. Me llevaron a la habitación y me acosté. Tenía mucho que pensar, tenía un hijo.

No quería dormirme. Estaba muy excitado, mi mente derrapaba frenética de una idea a otra, de una imagen a otra, lo mismo estaba con mi hijo en pañales y yo en pañales, los dos jugando, que lloraba viéndole caminar solo o caerse o corriendo, o los dos de la mano dábamos un paseo o me escuchaba y me escuchaba sin cansarse nunca de hacerlo. Y era listo, porque comprendía todo lo que yo decía, como mi madre.

De pronto volví a ver el cielo en mi habitación, volví a ver las luces, las mil estrellas. No oía voces, era la luz infinita del cielo y yo en medio, sobre mi cama. De repente, una estrella fugaz cruzó la habitación, como

mirándome, y se paró quieta en un extremo del cielo y allí se quedó. Me eché a reír, no podía contenerme, reconozco que reía con una alegría sin control, como cuando te hacen cosquillas. Cuando entró el cuidador en mi habitación, continuaba riéndome.

-¿Pero qué escándalo es este? ¿Quién te ha contado el chiste?

-Si te lo digo, no te lo ibas a creer -contesté yo, intentando controlarme a duras penas.

-Vas a despertar a todo el centro, Jose, tendremos que controlarnos -el cuidador también se reía.

Es tan fácil reír. Me lo pasé riendo el resto de la noche, pero no volví a ver el cielo sobre mi cama ni la estrella fugaz. La muerte de Beatriz me había dolido en lo más hondo, pero era feliz, era francamente feliz.

A la mañana siguiente, con mi hermano pequeño, estaban esperándome mis padres.

-¿Pero qué vais a hacer vosotros dos allí? -aclaró mi madre, y nos subimos todos al coche.

El viaje no fue precisamente muy relajado, pero yo no perdía mi alegría.

-Volvemos a Galilea, al lugar de la lucha -dije en un momento, pero ninguno de ellos me entendía o no quiso entenderme. Tampoco importaba, pues era mi vuelta, no la suya. Era mi lucha.

Había quedado con el primo de Beatriz en el hospital de San Pedro de Alcántara. Nos esperaba. Acababa de llegar. Su padre había ido con él.

-La hemos enterrado esta mañana, en Alcuéscar -nos informó.

Mi padre y mi madre estaban hablando con ellos dos, aún no habíamos visto al niño, cuando Manuela apareció ante nosotros.

-No podía dejarte solo -me dijo a modo de saludo, casi llorando.

-No estaba solo -e indiqué al grupo que me rodeaba.

-¿Pero qué has hecho? -aún no se lo podía creer.

-Muy poco, en realidad, pero sé que puedo hacer mucho. Sólo necesito que alguien crea en mí -yo estaba contento y sonreía, pero Manuela lloraba.

-No sé si podré ayudarte -pronunció al fin.

Yo no necesitaba oír más, de momento.

-Quiero que mi hijo se llame Tomás, como el apóstol -dije, para que me oyesen todos-. Tomás sólo creía en los que volvían heridos de la lucha, sólo en las llagas.

Mi hijo era una hermosura, pero me dijeron que tendría que continuar por unos días en la incubadora. Hoy sé que esta fue la primera mentira de una serie que no termina. La imagen de mi hijo con las manos cerradas agarrando la vida no se me olvidará nunca.

Arreglaron todos los papeles que había que arreglar, eso me hicieron creer, y yo firmé todo lo que dijeron que tenía que firmar.

Y alguien decidió que volviésemos para Madrid.

Le pedí al primo que, por favor, me condujese hasta la tumba de Beatriz. Quería llevarme también esa imagen de ella. Me acompañaron todos.

Y sobre la tierra recién movida dejé una rosa roja.

-Cuando se marchite, me habrás olvidado -dije, sonriendo.

Y nos fuimos de allí, que la muerte es breve.

Lo que os voy a contar ahora es muy triste, perdo-

nadme, pero os juro que ninguno podrá desear jamás más que yo un final feliz para esta historia.

Han pasado más de diez años desde aquella primera vez y no he vuelto a ver a mi hijo Tomás. Sé que lo que me han contado es mentira, lo sé porque siento que mi hijo vive, lo siento aquí, en mi cerebro. Quién me traicionó, no lo sé, no quiero saberlo, pero estoy seguro de que algún afortunado ha criado a Tomás, a mi hijo.

De Manuela no he vuelto a saber nada. Quizá Tomás esté con ella, no lo sé, es mi esperanza. Mi madre, por primera vez en la vida, me miente.

Y yo continúo residiendo en el CAMF de Leganés, no he conseguido todavía salir de aquí. Cada vez más, me acuerdo de Beatriz, pues la muerte es breve, pero la memoria se dilata dulcemente.